

Hombres, Ideas, Libros

Por Carlos E. Mesa G., C.M.F.

EL SUPUESTO QUINTO EVANGELIO

En Nag Hamadi, de Egipto, fueron descubiertos tres códices coptos que, según todos los indicios, formaban parte de la biblioteca de una comunidad gnóstica que vivió entre los siglos tercero y quinto de nuestra era cristiana. Son ellos el Apócrifo de Juan, el Evangelio según Felipe y el Evangelio según Tomás. Este último ha sido objeto de notables estudios. Y como sucede a menudo con estos hallazgos, algunos han desorbitado su importancia y han llegado a hablar de un quinto Evangelio, al paso que otros no han alcanzado el valor positivo de una colección de dichos extraevangélicos atribuidos a Cristo y que bien pudieran estar relacionados con aquellas "Palabras del Señor" de que hablaba en los comienzos de la Iglesia el presbítero Papiás.

El Evangelio según Tomás consiste en una colección de ciento catorce sentencias de Jesús desligadas de un contexto narrativo. Tales sentencias van simplemente catalogadas una tras otra, sin más enlace que la simple fórmula: Jesús dijo. La importancia del hallazgo se cifraría en que este Evangelio contiene un copioso número de sentencias o dichos de Cristo que remontarían casi a la misma época de las palabras de Cristo citadas en los cuatro evangelios canónicos.

Oscar Cullman y Enrique Carlos Puech, orientalistas famosos, han dedicado páginas certeras y luminosas a este descubrimiento, que nosotros queremos resumir aquí.

Según Puech, hablar de quinto evangelio no tiene sentido. Desde el punto de vista católico no hay más que cuatro evangelios propiamente dichos: los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Si se quisiera colocar bajo el mismo título todas las obras de carácter evangélico, canónicas o no, que son muy numerosas, según puede colegirse por el tomo de la BAC dedicado a literatura cristiana apócrifa, no se ve por qué ha de corresponder el quinto lugar al evangelio llamado de Santo Tomás. Tal evangelio es doblemente apócrifo, en el sentido de que no pudo ser escrito por el apóstol Tomás y en el sentido etimológico de doctrina oculta o esotérica. Desde el mismo prólogo se advierte que pretende reproducir palabras secretas de Jesús. La historia evangélica es allí es-

casa. Solo colecciona sentencias de Jesús. Algunas de ellas podrían remontar hasta un prototipo arameo; pero es seguro, en todo caso, que el escrito copto descubierto es traducción y adaptación de un original griego.

Existían noticias y aún fragmentos del Evangelio según Tomás. Y es interesante confrontar lo hallado con lo que ya se conocía. En otra obra gnóstica copta, llamada Pistis Sophia, Jesús, después de su resurrección, habría encargado a Felipe y a Mateo el poner por escrito todos sus hechos y palabras. Felipe, Mateo y Tomás serían los tres testigos necesarios para garantizar la verdad del evangelio oculto que los gnósticos transmitían. Orígenes denunciaba, entre los apócrifos netamente heterodoxos, el Evangelio según Tomás. Y los maniqueos usaban un evangelio de Tomás junto con un Evangelio según Felipe. Es un hecho que gran número de textos maniqueos exhumados en Asia Central o en El Fayum (Egipto) citan palabras de Jesús en forma idéntica o semejante a la del Evangelio según Tomás.

El carácter inorgánico o asistemático de estos "Loguia" o dichos del supuesto quinto Evangelio, parecen revelar un origen múltiple. ¿Cuál es la relación de estas sentencias con los evangelios sinópticos? Las palabras de Cristo contenidas en este manuscrito pueden dividirse en cuatro categorías: Primera: Las que son literales de los Evangelios canónicos. Segunda: Las que tienen semejanza con los versículos de los Evangelios, pero están expresadas en forma diferente. Tercera: Las que no se encuentran en los cuatro evangelios, pero nos son conocidas por otros escritos, como por ejemplo los de San Pablo. Cuarta: Las que son completamente nuevas. Puech se pregunta: ¿Los cuatro Evangelios y el de Tomás dependen de unas mismas fuentes anteriores? Podemos esperar que el Evangelio de Tomás en alguno de sus "loguia" nos lleve a fuentes antiquísimas, anteriores a los Evangelios? No se puede responder sin más que el autor de este llamado evangelio de Tomás ha copiado en todo a los sinópticos. Su forma original y sus arameísmos hacen pensar alguna vez en una fuente tan antigua o más que los evangelios sinópticos. Pero estos y otros problemas suscitados por el viejo códice egipcio quedan hoy por hoy sin solución posible. En su más antigua redacción, el Evangelio de Tomás no parece haber sido obra de un gnóstico. Parece además que hubo dos versiones: una leída por cristianos ortodoxos y otra por herejes pertenecientes al gnosticismo y al maniqueísmo. La cuestión más interesante es ésta: ¿estas sentencias contienen, por lo menos en parte, palabras auténticas de Jesús, que podemos añadir a las ya conocidas por los cuatro evangelios? Los santos Padres y los primitivos autores cristianos admiten la posibilidad de esta transmisión. Pero de hecho es difícil establecer una prueba definitiva para ninguna de las sentencias o parábolas. Lo más que se puede afirmar hoy por hoy, es que varios de estos dichos pueden remontarse hasta las primeras comunidades cristianas.

No es discreto ni sabio hablar de un quinto Evangelio; pero tampoco podemos desconocer que este y otros descubrimientos arqueológicos de los últimos años sacan verdadera la presencia de Cristo en la historia y su señorío en las almas, según el texto de San Pablo: Jesucristo ayer y hoy. El en todos los siglos.

LA BIBLIOTECA VATICANA EN AMERICA

En todos los países de Europa, en sus grandes ciudades y con frecuencia en los rincones más olvidados e insospechados, se conservan los más viejos, nobles y valiosos testimonios de la cultura occidental: archivos, monumentos, obras de arte, reliquias de culturas remotas, creaciones gloriosas de un pasado que naufragó dejándonos la espuma de sus más inspirados artificios. Hace años visité un pueblecito español de las tierras famosas de la Mancha, en donde un hidalgo provinciano custodiaba en su casaca arcaica un cuadro pintado por el Greco. El pueblecito se llama Pozo Hondo. En otra ocasión, de paso por Carrión de los Condes, ciudad que figura en los octosílabos del vetusto romancero, pude contemplar a mi gusto dos cuadritos originales de Rafael, que una señora anciana guardaba y mostraba en su alcoba. Y no digamos los tesoros que perviven escondidos en multitud de capillas conventuales de toda la espaciosa España. Pensando en tanta riqueza de historia, de cultura y de arte, el ánimo se encoge al vislumbrar lo que pudiera significar para el mundo civilizado el avance y el triunfo de la barbarie comunista en el solar de Europa. Las dos guerras europeas y la brutal anarquía roja de España aniquilaron tesoros de cultura irreparables. ¿Qué sucedería si, en días que Dios no permita, llegara a triunfar la reacción violenta del comunismo en naciones como Italia, que es toda ella un inmenso relicario del arte y de la historia? De ahí que los hombres previsores vayan tomando medidas para asegurar y salvar los más bellos legados de la cultura de occidente. Tal es lo que acontece con los treinta mil manuscritos del Archivo Vaticano, fotografiados por la Universidad Norteamericana de San Luis. Remontan los orígenes de esta universidad al año 1818. Poco después de su fundación se encargaron de ella los Padres Jesuítas y hoy cuenta con más de diez mil alumnos dirigidos por mil doscientos cuarenta y cuatro profesores. Esta universidad católica inauguró una modernísima biblioteca de seis pisos, setenta y cuatro metros de fachada, cuarenta y tres de latitud y diecinueve de altura, con salas de estudio capaces de albergar a 1.500 lectores y depósitos suficientes para más de un millón de volúmenes. Esta biblioteca se condecora con el nombre de Pío XII y en ella se incluye la sala denominada "Filippo y Virginia Pacelli" —los padres de Pío XII— que posee el privilegio, único en el mundo, de conservar la reproducción fotográfica de una gran parte de los códices más importantes de la Biblioteca Vaticana. Para semejante traspaso cultural han sido fotografiados más de 30.000 manuscritos en película de 35 milímetros, con un total de más de once millones de páginas, que se archivan en la sala Pacelli a disposición de los estudiosos que quieran consultarlos. El acontecimiento es sencillamente excepcional dentro del mundo de la cultura. Y en él vienen a culminar gestiones empezadas en 1950 por el Padre Reinert, S. J., rector de la Universidad de San Luis. Solicitó este Padre la autorización en vista de la inestabilidad política de los tiempos que corren, expuestos a la barbarie más refinada, y se ofreció, naturalmente, a cubrir todos los gastos que esta reproducción exigiese. La propuesta fue maduramente estudiada en el Vaticano y un año después la Santidad de Pío XII concedió a la Universidad de San

Luis la facultad de reproducir fotográficamente los manuscritos conservados en la Biblioteca Vaticana.

Esta noticia produjo en el mundo cultural la sensación de un gran acontecimiento. Semejante medida aparejaba con el gesto de León XIII cuando dispuso en 1880 que el Archivo Secreto Vaticano quedase abierto a los estudiosos que necesitasen consultarlo. Ya entonces se advirtió la dificultad de conservar sin deterioro un acervo documental expuesto al manoseo de los consultantes. El primer director del archivo, Padre Ehrle, jesuita, más tarde nombrado cardenal, se preocupó de montar un laboratorio para reparar los manuscritos que sufrieran desperfectos. Acudió, además, a la fotografía para reproducir documentos de valía excepcional. Así surgió la suntuosa colección de Códices Vaticanos fotocopiados, patrimonio inestimable de las más importantes bibliotecas del mundo. La inmensa tarea cultural realizada por la Universidad de San Luis gracias a la generosidad y previsión de las autoridades vaticanas ha recibido la ayuda económica de la asociación americana de los Caballeros de Colón. De cada una de las páginas se ha obtenido una negativa fotográfica que ha quedado instalada en los sótanos de la biblioteca de la universidad en condiciones adecuadas de temperatura y se han sacado asimismo dos copias positivas, una de las cuales ha quedado en la Biblioteca Vaticana a disposición de los consultantes, para evitar así el deterioro de los manuscritos y originales, y otra ha sido archivada en la sala Pacelli de la Biblioteca Pío XII de la Universidad de San Luis.

L'OSSERVATORE ROMANO

El periódico más universal del mundo, el diario político-religioso del Vaticano, el que ostenta las armas pontificias y el mote de "Unucuique suum. Nom praevalerunt", entró, con vigor inmarcesible, en el segundo siglo de su batalla por la Iglesia de Cristo. "L'Osservatore Romano", órgano oficioso de la Santa Sede, se ha mantenido, sin declives, fidelísimo a los puntos doctrinales de sus fundadores Nicolás Zanchini y Giuseppe Bastia, a quienes dió su apoyo el gobierno pontificio del Papa Rey Pío IX. Varias veces, en el decurso de esta centuria, ha cambiado de formato y en doce ocasiones ha mudado de casa hasta asentar y afincar definitivamente en la Ciudad del Vaticano en noviembre de 1929. Durante el siglo ha tenido ocho directores que sirvieron a siete Pontífices, sin distanciarse un punto del programa prefijado en el primer número: la defensa total de los principios religiosos y de los valores morales. Sus doscientas mil páginas son un homenaje grandioso a la Verdad y el eco más directo de los valores inmutables de la Iglesia católica.

Se ha discutido largamente, particularmente desde los días de César Cantú, sobre la calidad del servicio que a la elaboración de la historia puedan prestar las colecciones periodísticas. Evidentemente, en la superficie de sus páginas se va reflejando, jornada tras jornada, el vario acontecer del mundo, la evolución de la política, las reacciones de los hombres que hacen la historia. Pero debajo de esa espesa capa de

papel impreso el historiador habrá de buscar la intrahistoria, ayudarse de los archivos, recurrir a mil fuentes más que le expliquen y le perfilen la realidad más o menos aproximativa. Tal vez uno de los periódicos que con mayor seguridad podrá consultar siempre el historiador es "L'Osservatore Romano". No es que sea infalible en sus informaciones; pero ciertamente se rige por normas de objetividad, de respeto y de exquisita pulcritud. Resulta muy seguro seguir la trayectoria de la Iglesia y aún del mundo desde la altura de este imperturbable observatorio. Ha corrido su centuria paralela a una centuria convulsa y sorprendente como pocas en veinte siglos. Comenzó en el reinado agitado de Pío IX, en las vísperas mismas del primer Concilio Vaticano y cuando llegaba a su fin el poder temporal de los Papas. Periódico italiano y casi todo escrito por italianos no pudo vibrar ante la unidad de Italia y durante muchos años, como protesta, orló su primera página con franja de luto. Vivió los días gloriosos de León XIII, el gran diplomático y humanista; los de San Pío X y Benedicto XV, amargados por la primera guerra mundial; las batallas contra el modernismo; la condenación del nazismo y del comunismo; el recrudescimiento de la cuestión social tan valientemente iluminada por la Iglesia; el fervor expansionista del misionarismo católico y la alegría universal de la Conciliación consumada por el genial Pío XI y por el duce Mussolini; el pontificado deslumbrador de Pío XII; las feroces explosiones de odio satánico contra la Iglesia en Rusia, en Méjico, en España, en China, en el centro de Europa y ahora en Cuba y finalmente estos días preconciiliares de Juan XXIII y los posconciiliares de Paulo VI. La entera historia humana, desde 1861, se encuentra archivada, aquilatada y juzgada en este centenario periódico de prosa diáfana, de mesuradas afirmaciones, de filtradas noticias y casi exento de la magnífica retórica italiana.

Sin duda, el más famoso director de "L'Osservatore Romano" es el conde Giuseppe dalla Torre, que desempeñó su magistral y comprometido oficio durante cuarenta años. Tarea la suya difícilmente superable por su extraordinaria duración, por sus eximias dotes de prosista y de periodista, por su habilidad genial para guardar un clásico equilibrio al frente de un diario en que una frase, una línea o un solo adjetivo adquieren singular significación y universal resonancia. El mismo silencio de "L'Osservatore Romano" puede hacer fruncir o desfruncir muchas cejas en las principales cancillerías del mundo. Recuerdo mi entrada en España en agosto de 1942. Entre varios papeles que en mi equipaje traía figuraban unos amarillentos números del ya extinguido "Nuevo Tiempo" de Bogotá, conservados con cariño en atención a los "Sueños de Luciano Pulgar" y varios números recientes de "L'Osservatore Romano", con alguna colaboración mía sobre Marco Fidel Suárez, a quien el gran diario dedicara media página, y sobre la Madre Castillo, nuestra clásica escritora colonial. La entonces rígida censura aduanera se cebó de especial modo en el periódico del Vaticano. Y acabó por decomisarme "El Nuevo Tiempo", ya muerto, y "L'Osservatore", siempre vivo, porque esos censores de aquella coyuntura post-bélica andaban resentidos con el diario oficioso del Vaticano por una cierta reticencia que ellos creían advertirle con respecto al régimen instaurado en España. En discusión un tanto agria con los censores a-

duaneros logró oírles que les daba en rostro el que ellos apellidaban tufillo liberaloide del Conde della Torre. Posteriormente, en un periódico español, lei los comentarios zumbones de un gran escritor acerca de un destiz histórico del señor conde, que al dedicarle una glosa al Padre Claret, confundía a la castiza y chulapona reina Doña Isabel II con la magnífica señora Doña Isabel la Católica.

Los tropezos de "L'Osservatore" no se refieren a su leal actitud de servicio a la Santa Sede; son y seguirán siendo los comunes a todos los diarios del mundo, sobre todo en lo referente a la información. Cortés Cavanillas refiere que, a propósito de haber incluido a un personaje que se encontraba en Bolonia en una ceremonia de San Pedro; de dar por presente a un eclesiástico que había muerto y de haber colocado en una capital de Asia ciertos acontecimientos sucedidos en el Golfo de Méjico, Benedicto XV, que gozaba de buen humor, le dijo al Conde dalla Torre en su primera audiencia: "Estoy muy satisfecho de "L'Osservatore" porque es incluso taumatúrgico: da ubicuidad a las personas, resucita a los muertos y transporta continentes. Pero, ¿qué periódico no hace estos milagros? Parece que el hecho más desentonado en la nutridísima historia del gran periódico vaticano fue la publicación, en 1924, en exclusiva, de una entrevista concedida por Lenín a un colaborador del diario oficioso de la Santa Sede. En ella dijo el jefe del comunismo internacional: "Dentro de un siglo sólo habrá una forma de gobierno: el soviético. Y una sola religión: la católica. De esta manera, concluyó Lenín dirigiéndose a su entrevistador el sacerdote húngaro Victorio Bede, tu ideal se realizará al mismo tiempo que el mío...".

Cada número de "L'Osservatore" es un festín para los hombres de cultura, particularmente para los aficionados a las humanidades. El latín, las antigüedades romanas, la retórica, las letras en general, la historia de la Iglesia, las más descollantes figuras del catolicismo o del arte, los hallazgos arqueológicos, los ensayos filosóficos, los más serios comentarios bibliográficos; todo ello se expone en sus páginas de manera sabrosa y adoctrinante. Los que somos amigos de conservar papeles —amable y gravísima afición— quisiéramos a veces que el gran diario vaticano redujera su dimensión, para facilitar su encuadernación y su conservación en las bibliotecas.

LOS HOMBRES HURONES

La espeología es una especie de alpinismo al revés. El alpinista busca las cumbres y las nieves altas. El espeólogo busca la cavernas y las aguas soterrañas. Ambos practican una cierta filosofía de lo geológico: porque el alpinista gusta de remontarse a los principios superiores para ver las cosas con las luces de lo alto; y el espeólogo ama el sumirse en las simas y hendiduras para buscar la raíz profunda de las cosas.

La espeología es antigua como la curiosidad del hombre. Las cavernas lo han sugestionado siempre y el hombre se ha complacido en llenarlas de enanos, duendes o dragones. Pero nunca como ahora han

despertado el ansia de las aventuras y de las exploraciones. En los últimos veranos la prensa europea nos ha entretenido contándonos las hazañas de los hombres hurones.

Han econtrado por fin un tema novedoso que poder añadir a las usuales noticias de la vuelta a Francia o a la reaparición de la serpiente de mar.

Según parece, el primero en sistematizar y dar carácter científico a las exploraciones subterráneas, fue el alemán Esber, hacia 1774. Posteriormente, sabios como Cuvier y Martel han cultivado el contralpinismo. Aquí en España, ya en 1863, un tal Don Casiano del Prado había curioseado en unas ciento trece cavernas. Pero, cómo olvidar al español universal Don Alonso Quijano el Bueno que se despeñó, empozó y hundió en la cueva de Montesinos que está en el corazón de la Mancha?

Un día, acompañado de Sancho y del primo llegó, a eso de las dos de la tarde, a la boca de la cueva que es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas que de todo en todo la ciegan y encubren. —Mire, vuesa merced, le decía Sancho, lo que hace, no se quiera sepultar en vida. —Ata y calla, respondió Don Quijote. Y así atado, ceñido y fajado, después de elevar a su Dulcinea plegarias y rogaciones, empezó a descolgarse a fuerza de brazos y cuchilladas a las malezas y entre un revuelo de grandísimos cuervos y grajos... —Soga! Más sogal iba pidiendo el viejito loco y simpaticón; y el primo y Sancho se la iban soltando entre plegarias y deprecaciones.

Las admirables cosas que el extremado Don Quijote pudo ver en la cueva de Montesinos las cuenta maravillosamente su biógrafo Don Miguel en el capítulo veintitrés de la segunda parte de su libro inmortal!

Al cronista le incumbe contar aquí las últimas hazañas de los hombres hurones, de estos nuevos trogloditas y cavernícolas de tan buen humor y tan insaciable curiosidad. Ser troglodita por deporte exige aprendizaje largo y material a propósito. El mismo Don Quijote se lamentó de una inadvertencia deplorable: no se proveyó a tiempo de algún esquilón pequeño con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo... La misma sogal de aquel valentón del mundo no tenía más de cien brazas y así el primo y Sancho no le pudieron dar más cuerda. Ahora se baja con teléfono para ir avisando las peripecias y se lleva casco de minero, escalas de acero, escafandras autónomas y cien aparatos más cuya falta puede convertir el gusto en susto irremediable.

Los espeólogos de verdad comienzan por el principio. En Barcelona, por ejemplo, se dan cursillos de exploración subterránea mediante proyecciones diapositivas. Este año acudieron cerca de cuatrocientos oyentes, de los cuales, llegada la hora de la práctica, sólo se presentaron 143. Pero estos han acreditado su linaje quijotesco y han emprendido tareas arduas, estrenando, incluso, procedimientos hasta ahora desconocidos.

Del macizo de Garraf en Cataluña parten multitud de corrientes soterrañas que van a perderse en el mar. No era posible explorarlo todo desde la tierra y han acudido a la aviación. Un aviador, un fotó-

grafo y dos observadores visuales sobrevolaron por aquellas costas, a veces a vuelo rasante. Y lograron descubrir el curso tortuoso y el desagüe de aquellos ramales.

En Villalueva del Rosario, cerca de Jerez, se formó una expedición de hurones voluntarios para sumirse en cierta sima que les atrajo la atención. A las ocho y media de la mañana, bajo el azote de la lluvia, empezaron el descenso. Durante seis horas recorrieron galerías sin arredrarse por el agua que engrosaba de manera alarmante. Primero había una bajada vertical de ochenta metros, luego dieron con una gran sala de cincuenta, que era vestíbulo de otra mayor por la cual circulaba un torrente. Pronto, la cueva entera fue un río impetuoso. El teléfono se había cortado. Y allá arriba se extendía la alarma. A la entrada del pozo acudieron los vecinos, la guardia civil, los médicos disponibles, y un cura, por lo que pudiera suceder. Pero al cabo, por allá a las nueve y media de la noche, volvió a la superficie un muchacho y a las once asomaba el jefe de la expedición que decidió ser el último en retirarse.

Después, un grupo de navarros exploró las cimas y las simas de Larra. La chimenea de descenso, de unos setenta y cinco metros de larga, tenía sus paredes recubiertas por una capa de hielo. Un fragmento se desprendió contra la cabeza de uno de los expedicionarios, que por llevarla recubierta del casco, sufrió tan sólo un atontamiento pasajero. Hallaron galerías extensas, nuevos sumideros, fósiles valiosos y gruesas corrientes soterrañas que es posible se aprovechen con fines hidroeléctricos.

Ultimamente, en Blancas, Murcia, la agrupación de hombres hurones, ha investigado seis cavernas, tales como la cueva de la moneda pródiga en salas adornadas de estalactitas, la del plomo, en cuyas oquedades hay vetas de galerna argentífera y otras numerosas galerías, debidas a la mano del hombre, a juzgar por los instrumentos y reliquias allí esparcidos.

Y esto da pie para aludir a ciertos episodios humorísticos que no faltan en este linaje de aventuras. Hace poco una noticia conmovió a España entera: se iba a explorar a fondo la cueva del rey Cintolo. Geólogos, topógrafos, historiadores, prehistoriadores, un médico y un sacerdote formarían parte de la memorable expedición emprendida por los Montañeros Celtas. A las tareas se agregarían dos ilustres literatos gallegos: Alvaro Cunqueiro y el vital José María Castroviejo a quien tuve el gusto de conocer en mi excursión a las islas Cies. Se hablaba de la longitud insuperada de la caverna, que se alargaba cosa de sesenta kilómetros y se sospechaba que era una especie de museo general de la prehistoria o protohistoria de Galicia... Pero difundidos ampliamente los proyectos se vino a saber, por carta pública, que ya en 1953 un grupo de animosos había emprendido la exploración de la cueva y llegado a la conclusión de que no pasaba del kilómetro de longitud. Fue, pues, muy modesto el rey Cintolo. En cuanto a los hallazgos parece que aún antes habían estado por ahí algunos españoles de nuestros días en plan de tomar una succulenta merendola a base de latas nada prehistóricas. "Hemos hallado, decían, restos de aves y mamíferos que no nos parecieron prehistóricos porque a su lado había contempo-

ráneas latas de anchoas, escorias de carburo de calcio y una botella de vino de la Rioja. Nada de ánforas cordobesas coetáneas de Séneca. En la última sala nos encontramos con una cara de mujer tallada en la roca: pero la inscripción cercana hace sospechar que no se trata de Teodora, la esposa del rey Suintila...".

El cronista no puede terminar sin aludir a una bella iniciativa de los espeólogos de Cataluña. En una caverna submarina de las costas de Garraf han colocado, como recuerdo, una imagen de la Virgencita morena de Monsserrat.

EL COLON DE LO PREHISTORICO

Hace ya unos años murió en un pueblecito el famoso abate francés Henri Breuil. Al dar la noticia de su fallecimiento, un periodista italiano titulaba así la nota necrológica: "Ha muerto el abate que inspiró a Picasso". Quizá hubiera podido titularla con más justicia: el descubridor del alma del hombre prehistórico.

Bajo de estatura, encorvado, taciturno: así vieron sus amigos a Henri Breuil un domingo 13 de agosto. Había salido de su casa hacia la iglesia parroquial de L'Isle Adam para asistir a la misa y comulgar en ella, pues ya por sus achaques no podía celebrarla. A lo largo del camino, los parroquianos, sabedores del prestigio científico del anciano sacerdote, lo saludaban respetuosos o cordiales. El respondía con un movimiento de manos. Sus labios iban murmurando plegarias. El 11 de agosto vigilia de la Asunción de Nuestra Señora, él cerraba los ojos en la paz de Cristo a la edad de 85 años colmados de merecimientos.

Desde sus años de seminarista Breuil se aficionó al mundo lejano, recóndito y enigmático de la prehistoria. Y muy pronto, guiado por maestros de altísima valía, emprendió su tarea de rebuscador e investigador de los más antiguos vestigios de la cultura humana. Hay que reconocer que su entrega a tan incitantes menesteres le deparó hallazgos sorprendentes y satisfacciones deliciosas. Pudo explorar más de 80 cuevas, grutas y cavernas de Francia, España, Etiopía, Africa, Australia e Irlanda.

Para Breuil perseguir vestigios del hombre primitivo entrañaba placer tan apetecido como para el cazador empedernido perseguir esquivas y peregrinas piezas de un bosque virgen. Sus descubrimientos fueron especialmente fructuosos en el dominio del arte. Lo que primero de todo, le interesaba, era poder medir el grado de inteligencia de los primeros hombres, examinando los vestigios, los diseños y los grafitos estampados en las paredes de sus cavernas soterrañas. Breuil reunió sus descubrimientos en una espléndida colección de obras maestras de la edad de bronce del arte dolménico de la civilización paleolítica superior. De sólo veinticinco años ya era famoso en el mundo entero por sus hallazgos en la española cueva de Altamira, que él ingeniosamente llamó "la capilla sextina del hombre prehistórico" y que sigue siendo meta de peregrinaciones diarias de todas las partes del mundo. Chesterton se guseaba un poco al considerarlas como los dibujos que alguna prehistórica maestra de escuela se entretuvo en trazar y colo-

rear para aprendizaje entretenido de sus alumnos de hace trece mil años. Picasso, el hoy celebrado pintor de discutibles procedimientos y rechazables ideas se apresuró a viajar a Santander para curiosear esas cuevas de Altamira tan traídas y llevadas por la prensa de sus días juveniles. Y confiesa que quedó pasmado de estupor ante esa maravillosa afirmación de arte que, siendo tan antiguo, pues Breuil le asignaba unos once mil años antes de Cristo, podía sin embargo correr parejas con las últimas audacias del arte moderno. Desde ese momento Picasso se interesó por todos los descubrimientos del sacerdote francés.

Breuil emprendió largos viajes para realizar sus investigaciones. Anduvo por Africa, por China, por Australia. Veía, copiaba dibujos con precisión y con arte, estudiaba técnicas primitivas. Alguna vez, confesaba, le hurgaba el alma un escrúpulo. Todo esto ¿no es algún tanto limitado y como fin de sí mismo? Todo esto ¿no me alejará de mis obligaciones de sacerdote? Su obispo lo tranquilizó. La Iglesia necesita hombres de saber, de artes, de letras que afirmen su presencia en todos los dominios. Y por otra parte, buscar en los primeros hombres las trazas de la inteligencia es rendir homenaje a Dios que les encendió esa chispa y quiso hacerlos a su imagen y semejanza. La Iglesia no tiene miedo a la verdad ni se amilana ante el resultado de los descubrimientos. Las revelaciones de las rebuscas, exploraciones y excavaciones en Egipto, en Roma y en Tierra Santa, valga el caso, no hacen más que confirmar lo que nos ha transmitido la Biblia o la Historia de la Iglesia.

Breuil admiraba la semeblanza de M. Pouget, diseñada por Jean Guitton. Este libro da vida a un admirable sacerdote, consejero de las más vigorosas personalidades espirituales de nuestro tiempo en Francia. Breuil encontraba en Pouget el tipo y el espejo de lo que él quería ser: hombre de ciencia y de fe. De él pudo decirse lo que nuestro sabio Caldas del gaditano José Celestino Mutis: fue sacerdote de Dios y de la naturaleza.

Había nacido en Mortain el 28 de octubre de 1877. Estudió en el Seminario de San Sulpicio, en la Sorbona y en el Instituto Católico de París. En 1903 obtuvo el doctorado en ciencias naturales. De 1905 a 1910 ocupó la cátedra en la Universidad de Friburgo (Suiza). Después fue profesor de paleontología humana y su autoridad científica se acrecentó de tal manera que fue llamado en 1929 a enseñar en el Colegio de Francia. Perteneció a incontables academias y mantuvo contacto con los más nobles cultivadores de la ciencia de su tiempo. Profesaba especial cariño al jesuita Theillhard de Chardin con quien trabajó en París y en China y cuyas teorías e hipótesis han levantado un torbellino de opiniones en el campo de la filosofía católica. Cuando ya su edad no le permitió viajar, siguió profundizando en su materia en pesquisas afanosas de los vestigios más remotos de la inteligencia humana.

Su última sonada intervención sucedió en 1956. Dos especialistas de la prehistoria, Nougier y Robert, habían descubierto en una caverna de Perigord, ciento trece pinturas murales que, según ellos, se remontan a unos veinte mil años. No faltaron expertos que apellidaron error colosal el pretendido descubrimiento. Según tales expertos las pinturas de Perigord databan simplemente de 1943, época en que unos re-

fugados, huyendo de la ocupación alemana, se habían ocultado en esta gruta, Nougier y Robert fueron a París y sostuvieron su causa con pasión. El ridículo se cernía sobre sus hallazgos científicos. Entonces se decidió llamar al abate Breuil como árbitro y juez de la polémica. Se despojó de su sotana, vistió sus arreos de explorador soterráneo y linterna en mano fue examinando, durante doce horas largas, cada uno de los diseños. Al salir, sentenció: He podido observar frescos de mamut y una excelente pintura de rinoceronte. Además del estilo, varios indicios permiten demostrar que todas estas pinturas pertenecen a hombres primitivos que vivieron hace unos cuarenta mil años.

Este hombre de saber, que ya con su vida nos ha dado un mensaje de altura, acabó santamente murmurando estas palabras que le otorgan primacía a la vida sobrenatural: Oremos y Dios nos guarde.

LA EVOLUCION DEL LIBRO

Cualquiera diría que el prodigioso incremento de la cultura en el mundo de hoy, traería consigo el afianzamiento del libro, que ha sido hasta ahora uno de los frutos y signos más espléndidos del progreso humano. Sin embargo no faltan en nuestros días quiénes presienten y llegan a pronosticar la cercana extinción del libro o por lo menos su limitación a una minoría cada vez más reducida. ¿En qué se fundan tales predicciones? He aquí lo que dice el decano de la Universidad de Chicago, Lester Asheim: "El libro en su tradicional formato no es probable que desaparezca totalmente. Pero para determinado público y determinados fines, predominará una nueva clase de libro o un artefacto nuevo en nada semejante al antiguo libro". En efecto, considerando los avances impresionantes del automatismo, las comunicaciones y otros aspectos de la ciencia y de la técnica parece cundir la impresión de que el libro, tal como ahora lo gozamos y lo usamos, lleva el mismo camino de las tablillas de arcilla babilónicas o los papiros egipcios; los cerebros electrónicos reemplazarán pronto en nuestros anaques a las encuadernaciones en tela o en pasta española. Es fácil, también, que la evolución del libro se apresure ante el empuje del microfilme. Mediante esta reciente invención, cada página de una obra o de un periódico queda reproducida en una mínima película y un tomo del diccionario de Espasa ocupa tan solo unos metros de película que debidamente enrollados pueden conservarse en una cajita de porte manual. Ello viene a solucionar, entre varios problemas inquietantes, el relativo al espacio de las grandes bibliotecas. Sabido es que la opulencia de los archivos vaticanos está pasando toda entera a la levedad de las cintas de cine para su conservación en una biblioteca norteamericana. De este modo se asegura algo más la conservación de semejante tesoro de la cultura cristiana y universal. Y en Madrid hemos presenciado cómo toda la prensa española, al día siguiente de su publicación, queda ya reducida a películas en los laboratorios fotográficos de la Hemeroteca Nacional. Naturalmente, los caracteres de estas obras son ilegibles, de no proyectarse en una pantalla blanca, a la manera que se hacía en otro tiempo con la linterna mágica.

La lectura que era un trabajo o un esparcimiento individual va de esta manera a convertirse, si se generaliza el uso de las micro-filmes, en ocupación colectiva. Se leerá en grupo sobre la pantalla como se ve, en grupo, la moviediza televisión. ¿Será este un beneficio? Quizás no. Gustavo Le Bon ha demostrado que el alma de una colectividad es especial y que sus reacciones son diferentes a las de los hombres que la componen. El cine y la radio que se esfuerzan por dar gusto al público, ofrecen cada día programas y números más mediocres. Allí dijo Lope que "el vulgo es necio, y pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto...". Es fácil que la literatura proyectada se torne cada vez más mediana y que no logre sustituir la delicia de la lectura paladeada a solas, de su magisterio singular, de las reacciones de asentimiento o divergencia que levanta en el ánimo del lector solitario.

Puede suceder que el libro se repliegue ante los nuevos medios de información que va inventando el hombre; pero cuesta creer que este animal pensante llegue a privarse totalmente de las ventajas y sabrosuras del libro. Y desde luego los hombres de nuestra generación y de nuestro siglo lo único que por el momento podremos lamentarnos, como Menéndez Pelayo, de tener que morir habiendo todavía tanto libro bueno que leer.

En el mundo se imprimen cada año unos cinco mil millones de volúmenes, o sea dos libros por habitante. Los libros escolares representan casi la mitad de esa producción. Dieciséis países producen ellos solos las tres cuartas partes de los libros; cuarenta producen entre todos más de 249.000 títulos. Considerando la relación entre el número de títulos producidos y el de habitantes de cada país, el primer puesto lo ocupa Holanda, que con diez millones de habitantes, registra 6.700 títulos; la siguen, a no mucha distancia, Suiza, Austria, Bélgica, Suecia. Portugal, etc. El último lugar lo ocupa la China comunista con solo quince títulos por cada millón de habitantes. Por lo que atañe a la producción librera según la lengua, el inglés figura en primer lugar con 32.000 títulos anuales; el ruso con 25.000; el alemán con 22.000, el japonés con 17.000, el francés con 14.000 y el español con 11.000. Los porcentajes más altos se refieren a libros de literatura, escolares, juveniles, de derecho, religión, historia y ciencias naturales, respectivamente.

Sobre el libro en Estados Unidos las estadísticas son curiosas, como todo lo que suele referirse a la gran nación. Cerca de 200 escritores, número que se estima escaso, viven de la creación literaria, fuera de los autores de novelas policíacas, libros infantiles y de vulgarización científica. De más de 16.000 escritores, de los cuales 6.000 son mujeres, el 90 por ciento no ganan más de 3.000 dólares al año, es decir, menos que un obrero especializado. Ahora va a resultar que también en la tierra de la fortuna, como en la España pobre de Ganivet, escribir es llorar. A juzgar por las estadísticas, los libros preferidos por los norteamericanos son los siguientes y por este orden: los religiosos, los tratados para adelgazar, las novelas históricas y los manuales técnicos para uso doméstico.

En Suecia, las cincuenta casas editoras que allá existen publican unos 3.500 títulos por término medio cada año y la cifra del negocio de librería alcanza los cien millones de coronas. En España la pro-

ducción alcanza por año a los 4.500 títulos, de los cuales 1.300 son versiones de lenguas extranjeras. España tiene su radio de proyección cultural hacia América, en donde el libro español suele ser muy apreciado por su contenido, la calidad de su idioma y los precios relativamente asequibles. Pero, con todo, hay que advertir que el libro español encuentra en su camino hacia los pueblos hermanos de allende trabas y dificultades de una y otra ribera. En España la exigencia de pagar en dólares los envíos y las enojosas tramitaciones; en América las exigencias aduaneras y la mentalidad de muchos gobiernos para quienes el libro es artículo de lujo, como lo pudieran ser las porcelanas u otros artefactos que enloquecen a mujeres vanidosas y caprichosas. Poco o nada efectiva será la invocada hispanidad mientras no caigan derribadas las barreras que en los pueblos hispanohablantes se oponen y mantienen a la libérrima difusión del libro. Como también se impone que el libro americano circule en España con más abundancia y profusión, según cumple a quienes escribimos y leemos en la misma lengua y hemos heredado un común patrimonio de cultura cristiana. Buscar libros colombianos en España es empresa rayana en lo ridículo. Últimamente, la célebre casa Aguilar ha publicado varios libros colombianos pulcramente presentados según su costumbre. Poesías de Valencia y de Pombo, alguna novela y las sabrosas Reminicencias de Santa Fe de Bogotá por el cronista Cordovez Moure. En este sentido el esfuerzo más meritorio lo realiza la editorial Guadarrama, de Madrid, cuyos libros constituyen un tesoro de las bibliotecas hispano-colombianas por la selección de autores y materias, por la rica variedad de títulos y por la misma presentación editorial de singular pulcritud.

OTRA MONJA EN LA PANTALLA

Se anuncia, con abundancia de pormenores, una nueva película de tema "religioso". En efecto, el conocido filmador Zinneman se ha apresurado a declarar: "Se percibe en el público de nuestros días un apasionado interés por los temas religiosos. Y yo mismo, que he sido siempre un tibio cristiano, me he dejado llevar por esa corriente".

La nueva película se basa en una novela norteamericana de reciente publicación y tiene por protagonista a una monja secularizada. La novela se intitula "Historia de una monja"; es autora Katryn Hulme. Es curioso anotar que casi al mismo tiempo que en Estados Unidos se divulgaban las peripecias espirituales de esta mujer tan dolorosamente ilusa, en Inglaterra otra desengañada de la vida claustral sacaba a públicas vistas el itinerario de su vocación y de su retorno al hogar en un libro que lleva el incitante y sugestivo título "Yo salté la tapia".

En todo el esplendor de su juventud, Gabriela Van der Mal, hija de un famoso cirujano belga, decide entregarse a Dios en una austera comunidad religiosa. Empieza para ella la íntima lucha espiritual, la conquista de su recinto interior. Tiene que conquistar el silencio del alma, el sosiego de su casa, en que habita Dios; ha de moderar todo su ser y habituarlo al recogimiento de la oración, en una inmovilidad que

fije el alma en lo eterno; ha de obedecer, sobre todo, a la voz de Dios en la más leve insinuación de la Superiora, que es el Cristo viviente en la comunidad... A pesar de su vigilancia, de su trabajo asiduo, Gabriela, que ha cambiado ya su nombre por el de Sor Luke, siente en los hondones de su alma el fermento viejo, la germinación de los defectos inveterados, los reclamos de las concupiscencias mal domadas.

Sor Luke ha superado bien las pruebas exteriores, ha obtenido un diploma de enfermera y ejercita su aprendizaje en un manicomio de alienadas incurables; un poco después es destinada a las misiones del Congo. Allá, aquella hija de un mundo civilizado y refinado, toma contacto con un mundo misterioso, avasallado todavía por la magia, las hechicerías, los embrujamientos. Parte de su jornada discurre en el hospital; parte en la quietud de su oración reglamentaria. Hacia fuera, la vida y el escenario han cambiado; en los soterraños de su ser, la lucha prosigue; se trata de morir a sí mismo, de convertirse en regla viviente, en acabada imitadora de Cristo.

A punto de estallar la segunda guerra Sor Luke regresa a su patria, amenazada ya por la sombra fatídica de las águilas hitlerianas. Y en medio de la gran tragedia, ella es la enfermera ejemplar, acuciosa, providente, amable. En el fuego de su actividad exterior se aviva el que le arde allá dentro, porque esta Sor Luke, es una personalidad exuberante. La guerra le trae privaciones, angustias, dolor de no poder socorrer tanta miseria, tantos sufrimientos. Y para atizarle su lucha interior, el odio viene a quemarle el corazón: el odio a quien ha matado vilmente a su padre, el cirujano famoso. Entre tanto, en medio del fragor de los bombardeos y el silbido espeluznante de las enormes balas mortíferas, la Regla de su comunidad sigue imponiéndose con imperio absoluto, sin que admita un relajamiento, una torcedura, una mitigación. Hay que orar; hay que obedecer pronta, exacta, alegremente. Y cada tarde, ante el capítulo reunido, las monjas se pondrán de rodillas y dirán: "Reverenda Madre, yo me acuso..." de haber corrido demasiado aprisa por un pasillo para acudir a un enfermo que gritaba. Quizás me sentí necesaria; me dejé llevar de la vanagloria...

La conciencia, tan finamente cultivada en ese clima de exigencias espirituales, obliga a Sor Luke a revelar su incapacidad de amar al enemigo, al asesino de su padre y su satisfacción íntima, sin sombra de arrepentimiento, por haber quebrantado una orden de la superiora que prohibía dar nada sin permiso. Ella había dado ocultamente a unas enfermeras desnutridas por el racionamiento de la guerra, el plato destinado a un enfermo que se murió sin poderlo probar... A Sor Luke, ya en plena crisis espiritual, todo lo que está practicando se le hace absurdo. Ahora, ya en plena actividad, oye tocar la campana que llama al refectorio. Y de lo hondo de su alma, ya henchida de tedio, sube esta interrogación: ¿Y por qué robar a las almas y a los necesitados este momento de concesión a un monótono reglamento? Ya en su alma ha cundido el bello sofisma que se apoya en un episodio de circunstancias. El menor acto de caridad, piensa Sor Luke, realizado en el mundo con alegría y con holgura de espíritu será diez veces más agradable a Dios que este terrible obedecer a ciegas y a un reglamento sin alma. Y el 4 de junio de 1944, día de la liberación de Roma y vísperas del desem-

barco aliado en Normandía, Sor Luke dirige una carta al Arzobispo de Malinas pidiéndole la salida de su Congregación, la reducción al estado de simple cristiana. Acabó la historia de Sor Luke y empieza de nuevo la peripecia secular de Gabriela Van dar Mal...

No se le puede negar humanismo, realismo y sentido dramático a esta novela escrita por Katryn Hulme con una habilidad que logra encadenar al lector. Ni en la pluma de la autora, ni en los labios de la protagonista hay una sola palabra de censura a la vida monástica en sí misma o un conato de justificar esta espiritual desertión, esta "saltar la tapia". Pero el libro en sí, y de seguro la película que sobre tal base se elabore, son de un agnosticismo desolador y corrosivo. Puede darse y de hecho se da el caso de la joven que ingrese al convento sin auténtica vocación y para la cual la vida religiosa se convierta en un dislocamiento angustioso. Pero de una sola anécdota no se puede subir a la categoría, ni de un episodio humano se puede extraer una tesis para todas las vidas.

Rechazar la regla y las ordenanzas simplemente porque pesan, porque dan cauce y norma a la actividad de una personalidad desbordante sería proclamar las excelencias de la libertad sobre las ventajas de la organización jurídica y de la regulación ascética. Las reglas de la vida religiosa no solo han frenado a los grandes apóstoles, como Javier, Claver o Claret, sino que han enriquecido su vida interior y canalizado su actuación portentosa en beneficio de toda la comunidad eclesial. La vida religiosa, con sus reglas, constituciones y ordenamientos tiene respaldo de diecisiete siglos por lo menos y el apoyo del Evangelio, de la ascética, de la tradición patristica, de la codificación canónica y de la floración de innumerables santos que han logrado la madurez de su personalidad en el clima de unas reglas y prácticas monacales. Nadie negará grandeza a Margarita de Alacoque o a Teresita del Niño Jesús. Y sin embargo se santificaron y se hicieron grandes a los ojos de Dios cumpliendo con espíritu de fe esas pequeñas cosas que esta Sor Luke de la novela o de la película ha tirado por la borda tan desenfadadamente y con el apoyo de unos tristes sofismas.

EPITAFIOS QUE PERVIVEN

Los epitafios o inscripciones sepulcrales han sido dictados por el amor, por el dolor, por la vanidad humana y, por el ansia de la inmortalidad. Si mi vida no se alarga, que se alargue mi nombre, que perdure mi recuerdo.

Hay epitafios que son una obra de arte y equivalen a un poema. El ingenio los labró y el dolor les puso alma. Pero es también verdad que el sentido del humor ha llegado alguna vez hasta la fría lápida de los sepulcros. "Aquí yace José Lourido Ferreira, muerto contra su voluntad". Tal es la inesperada inscripción que puede leerse sobre un sarcófago de un camposanto gallego. Ese apego a la vida, esa resistencia a la muerte que proclama desde el sepulcro el buen gallego José Lourido, contrasta con la conformidad ante la muerte expresada en la mayoría de los epitafios. En nuestros días las inscripciones

sepulcrales, con su sola variante de nombre y fecha, son de una niveladora monotonía. Parece que se hubiera perdido aquella gracia delicada y poética, aquel estilo conciso y emotivo de los epitafios de la antigüedad, en el que fueron maestros los latinos. El insigne arqueólogo alemán Hubner, coleccionó varios millares de epitafios esparcidos por todo el mundo romano. Leerlos equivale a leer una antología poética del más puro ingenio. No hay dos epitafios que sean iguales entre sí. Modelo de sobriedad es el que dice: "Fui. Dixi de vita mea satis". He sido. Ya dije bastante de mi vida. El latín se presta para juegos de palabras muy expresivos. Sobre una lápida se leía: "Abiit, non obiit". Se fue; no se murió. Un ejemplo de serenidad en este breve diálogo entre la difunta Ambata y su viudo Valerio. Dice este: "No me diste jamás otro disgusto que el de tu muerte". Y responde ella tranquilamente: "Sigo esperándote". No menos bello y emotivo es el que compuso el célebre epigramista español Valerio Marcial para el sepulcro de una joven: "Tierra, pesa poco sobre ella, que ella ha pesado poco sobre ti".

En las tumbas egipcias se repetía: "Que Osiris le haya dado el agua fresca". Sobre la tumba de Alejandro Magno se escribió: "Bastó este pedazo de tierra a quien no bastó el mundo". La inscripción funeraria que cubrió el cuerpo del poeta Virgilio, decía: "Mantua me dio la vida; Brindis, la muerte; Nápoles, la sepultura". Que nos hace recordar aquel lema de los famosos tercios españoles de Flandes: "España, mi natura; Italia, mi ventura; Flandes, mi sepultura". Algunos ingenios o especialistas han llevado su sabia manía hasta el propio epitafio. Así Diofante plantea un problema matemático que no es fácil resolver de simple pasada. Dice así: "Pasajero: aquí yace Diofante; él mismo te contará los años que vivió. Su juventud llenó la sexta parte, su adolescencia, la duodécima del número de sus años. Se casó pasada la séptima parte de su vida y tuvo un hijo que llegó a los cinco años, el cual pereció desgraciadamente cuando tenía la mitad de la edad de su padre, quien le sobrevivió cuatro años. Deduce su edad de todo esto". Más matemática es aun la inscripción sepulcral de Newton, pues no contiene otra cosa que la fórmula del binomio.

Si pasamos de los matemáticos a los poetas, encontramos que la de Leopardi, el amargado y atormentado, dice simplemente: "Dejadme en paz". Y en la de Camoens se puede leer: "Aquí yace Luis Camoens, príncipe de los poetas de su tiempo. Vivió pobre y miserablemente, y así murió".

La desaparición de las vidas jóvenes ha inspirado inscripciones conmovedoras. En un cementerio aldeano vimos este epitafio: "Nuestra hija se llamaba Rosa. Por eso murió tan joven". Sobre la tumba de una quinceañera inocente se escribió hace unos años: "Sicut liliū". Fue como el lirio. Y en una lápida de un camposanto italiano se dice de otra joven: "Prestada por el cielo, el cielo se apresuró a reclamarla...".

En los enterramientos de prelados, en las viejas y seculares catedrales españolas e italianas hemos leído largas inscripciones, conceptuosas y retóricas, al pie de las estatuas yacentes u orantes. Para ello se presta admirablemente el genio de la lengua latina, muy adecuado también para la frase concisa, de precisión casi matemática. Sobre la

tumba de San Antonio María Claret, en el monasterio cisterciense de Fontfroid, se grabaron estas palabras de la Escritura, tan expresivas de lo que fue su vida: "Amé la justicia, odié la iniquidad. Por eso muero en el destierro".

Pero hay dos epitafios prelatios que siempre que los veo me admiran hasta la emoción. Sobre el mausoleo del Pontífice romano León XI, que apenas reinó durante veinticinco días, se grabó en el centro de una mármorea corona de rosas efímeras, la sola inscripción: "Sic florui". Así florecí.

Y en la sencilla losa que en el pavimento de la catedral de Toledo cubre los restos mortales del Cardenal Portocarrero, solo figuran estas breves y elocuentes palabras: "Hic yacet cinis, pulvis, nihil". Aquí yace ceniza, polvo, nada. No consiguió el egregio purpurado su anhelo de pasar inadvertido para la posteridad, pues mientras los visitantes de la catedral toledana no suelen detenerse a descifrar las profusas líneas de otros epitafios, todos en cambio reparan en esta concisa inscripción y preguntan por el prohombre que allí reposa.

Empecé advirtiendo que ni siquiera en este género funerario falta la nota pintoresca. Sean indicios dos epitafios, recogido el uno por Ramón Gómez de la Serna y copiado el otro de un cementerio andaluz. El primero dice así: "Aquí yace Faustino Lavilla, que murió de diez meses, siendo el encanto de sus padres por su robustez. Si hubiera vivido hubiera sido un segundo Hércules por sus fuerzas. De seis meses levantó con sus manecitas media arroba. Han sentido sus padres la pérdida de este niño; pero se han conformado porque se lo ha llevado Dios, que era suyo".

Y el epitafio andaluz, con sus puntos de mala intención: "Aquí está enterrado Manolo el de las tinajas. Con su descanso, descansan los suyos. Dios lo tenga de su bendita mano...".

LA HISTORIA DEL CUADRO ULTRAJADO

La prensa de todo el mundo ha divulgado, con los menores detalles, la noticia del incalificable atentado de un manchalientos de por ahí contra el célebre cuadro "Los desposorios de la Virgen" de Rafael. No puede uno imaginarse, por mucho que cavile, cuáles fueron los motivos que para semejante agresión a la cultura universal pudiera abrigar Nunzio Guglielmi. Será, por ventura, la manifestación de un resentimiento de pintor fracasado? Será una exacerbada ansia de inmortalidad histórica que lo ha llevado a comprar perennidad para su oscuro nombre mediante la inquina contra Rafael, ya que no mediante la emulación con Rafael? O será la simple anomalía de un pobre enajenado?

Lo que quizás no se sabe es que esta obra maestra de la pintura tiene ya una historia novelesca y fue adquirida en Barcelona por la irrisoria cantidad de cinco pesetas, alrededor de un peso colombiano.

En agosto de 1899 el entonces famoso poeta y prosista barcelonés Don Víctor Balaguer, de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia, dirigió una carta al novelista y viajero valenciano Blasco Ibáñez, con ocasión de la lectura de su libro "En el país del arte". En

el capítulo "Milán histórico y artístico", al describir la suntuosa galería del Palacio de Cabrera, Blasco Ibáñez dice así: "Entre tantos centenares de cuadros, unos sombríos, con notables efectos de claro-oscuros y otros sonrosados y sonrientes como la campiña italiana, descuella la primera obra de Rafael: El matrimonio de la Virgen, cuadro que ha sido reproducido millares de veces y por el cual algunos museos ingleses han llegado a ofrecer dos millones de pesetas. Esto hace que el cuadro esté recluído al fondo de una pequeña sala donde se le guarda y vigila como un tesoro". Rafael tenía veintiún años cuando lo realizó. Veamos ahora los detalles curiosos del hallazgo y adquisición de dicho cuadro en circunstancias insospechadas. Los refiere Víctor Balaguer en su aludida carta a Blasco Ibáñez.

Por los años de 1835 a 1838, en una antigua casa de la calle barcelonesa de Moncada, habitaba un caballero italiano, oriundo de Milán, que estaba en Barcelona huyendo de la dominación austriaca. Era el caballero muy fiel amante de las artes y pronto trabó amistad con otros partícipacioneros de sus aficiones, a quienes abrió su casa para dos tertulias semanales.

El comedor en que tales reuniones se celebraban, era un salón amplio, ricamente artesonado y decorado con cuadros, esculturas, jarrones y tapices de notable mérito, aunque deteriorados. Una puertecita de tallas hermosas pero agrietadas separaba el salón de la adjunta terraza. Los contertulios, en broma o medio en serio no cesaban de pedir al caballero milanés que sustituyera la puertecita, indigna del conjunto, con otra de menos valor artístico, pero más presentable y también más eficaz para impedir las corrientes de aire. El anfitrión, viendo justa la demanda de sus contertulios, encaminóse a un almacén de antigüedades llamado "Los Encantos", en donde se vendía toda suerte de objetos decorativos, desde imponentes muebles hasta jarrones y miniaturas. Encontró allí una mampara de las dimensiones apetecidas y la colocó ante la puerta que daba a la terraza. La pintura de la mampara era de un gusto artístico deplorable. "Un cazador verde apuntaba con una escopeta verdinegra a una liebre, verde también, que corría por un campo naturalmente verde". La mampara fue objeto del regocijo, las pullas, las bromas y las ingeniosidades de la tertulia. Cierta día en que el caballero milanés celebraba su santo ofreció a sus amigos una comida rociada con champán, entonces prácticamente desconocido en Barcelona. Algunos comensales, partidarios del vino de su tierra, celebrado en todo el mundo y en todos los siglos, desdeñaron la bebida ultrapirenaica, y hasta hubo uno que se levantó y dijo:

—Ofrezco mi champaña al cazador de la mampara, que debe de tener muy seca la garganta.

Y apuntando al cazador descorchó la botella. El vino saltó hervoroso contra la figura del cazador.

—Refresquemos también a la inocente liebre, dijo otro, y la bañó en champaña, con lo cual el lienzo quedó de esconderlo por antiestético.

Al día siguiente un criado denunciaba al caballero milanés que el cazador y la liebre se habían ido del cuadro, pero en cambio se descubrían nuevas figuras levemente diseñadas. Lavóse el cuadro por un

perito en reparaciones pictóricas, valiéndose de una esponja mojada en clara de huevo y apareció la escena de los Desposorios de la Virgen. Cuando el caballero milanés volvió a su ciudad natal llevó consigo esta joya de la pintura que le había costado en Barcelona cinco pesetas y que hoy no tiene precio.

Su reparación ha sido confiada al profesor Mauro Pelliccioli, el célebre restaurador de "La Cena", de Leonardo. El cual ha declarado que se trata de una delicada, paciente y lenta operación que dejará el cuadro como antes, al menos para la mirada normal. El profesor Pelliccioli ha podido comprobar ya, en el decurso de su trabajo, un particular interesante de la técnica de Rafael, y es que, antes de usar los colores, solía trazar sobre el lienzo las configuraciones anatómicas con un pincelillo mojado en una tinta bastante parecida a la que hoy llamamos tinta china.

Parece que Rafael pintó este cuadro para la iglesia de San Francisco en Città di Castello. Si es el mismo que fue llevado y traído por Barcelona y por Milán que lo averigüen los historiadores. En España hay quienes lo identifican con el lienzo historiado por Víctor Balaguer.

LA PASION DE OBERAMERGAU

Oberamergau, aldea bávara de cuatro mil habitantes, es visitada cada diez años por dos y medio millones de forasteros. Durante nueve años, la aldea, escondida entre los Alpes de Bavaria, se aísla en soledad y se arroja en silencio campesino, tan solo interrumpido por los esquiones del ganado cuando se mueve hacia los herbazales de las praderas. Pero cada diez años la aldea se transforma en teatro universal, encrucijada de razas, babel de lenguas y atractivo de la cristiandad por arte y magia de la Pasión de Jesucristo. No es Oberamergau el único sitio del mundo en que la sagrada Pasión sea representada por figuras vivientes. En España, y particularmente en la región catalana, hay representaciones de la Pasión famosas por su abolengo de siglos, su sabor de auto sacramental primitivo y la dramaticidad de las escenas. En Oberamergau es la población entera la que interviene y se puede asegurar que toda ella vive para escenificar el alto misterio de la redención.

Iniciada en 1636, la representación sacra se realiza cada diez años, con la sola excepción de 1940, en que se omitió por la guerra hitleriana.

En 1632 la peste negra se acercaba a la ciudad que ya había padecido los estragos de la guerra de los treinta años. Los aldeanos montaron guardia en las montañas circundantes para impedir que ningún contagio entrara; pero un hombre logró infiltrarse y llevó la peste a la aldea. En pocos meses murieron 84 personas. Cuando tal calamidad se cebó en la villa, los ancianos de la ciudad, que componen el consejo de los veintiseis hicieron el voto de representar la tragedia de la Pasión de Nuestro Señor cada diez años y desde aquel momento ninguna otra persona murió de peste, aunque fueron muchos los atacados.

En 1950, cuando el país se levantaba todavía de entre los escombros se reanudó el cumplimiento del voto y acudieron a la aldea más de medio millón de visitantes, en gran parte extranjeros. En el año de 1960 no se hizo la representación una sola vez, sino que desde mayo a septiembre se montaron ochenta y cinco representaciones.

La sagrada escenificación dura todo el día, desde las ocho de la mañana hasta las seis y media de la tarde, con una sola pausa de dos horas meridianas para comer. Los actores, cuyo número alcanza a 600, son todos gentes del mismo pueblo que dejan talleres, granjas, tiendas y ganados para seguir pagando la devota deuda contraída por sus tatarabuelos. El drama discurre todo al aire libre en la falda de una montaña, donde se instala el escenario principal. Las montañas, en la lejanía, suelen destellar cubiertas de nieve, hasta en el corazón del verano. Un tejado volado cubre sin embargo a los espectadores que suelen ser unos cinco mil en cada representación.

Desde el mes de septiembre Oberamergau vive obsesionada por su auto sacramental que comienza con la elección de los actores y reparto de papeles. Para ser actor es condición primera e indispensable haber nacido en la aldea, y para ser elector haber cumplido veintiún años, ser varón, nacido en el mismo pueblo, tener veinte años de residencia como mínimo o haber estado casado con una nativa durante los últimos diez años. Las mujeres no tienen voto y solo pueden representar papeles las solteras y menores de treinta y cinco años. Una vez distribuidos por elección los papeles, comienzan los ensayos y cada personaje varón empieza a dejarse la pelambre y las barbas y a vivir su personaje, lo cual convierte a la aldea en un pintoresco y abigarrado conjunto, del que las tabernas parecen estampadas arrancadas a un café existencialista de París.

Para la dirección del sagrado drama y de todo el montaje correspondiente viene siendo elegido hace ya años el escultor local Jorge Juan Lang, que ha impreso a la representación un carácter más hierático y menos melodramático que el acostumbrado en el siglo XIX. Nadie sabe quién es el autor de la letra que se ha venido transmitiendo oralmente a través de los siglos y ha ido burilándose con el paso del tiempo. La música es obra del maestro de primera enseñanza Rochus Dedler y la ejecuta una orquesta, local naturalmente, que según los entendidos, alcanza verdadera categoría musical.

Siete mil son las palabras que durante ocho horas ha de pronunciar el actor que representa a Cristo, el cual, durante veinte minutos, ha de permanecer colgado. Una cosa y otra reclaman singular esfuerzo de su titular.

Para la escogencia de los personajes se pone mucho cuidado. Cualquiera que sea la capacidad artística, no se podría actuar si no se goza fama de honrada y excelente persona. Los habitantes de la aldea se sienten intérpretes providenciales de un gran acontecimiento religioso y experimentan la convicción de que están obligados a una conducta de cristianos ejemplares. La Pasión de Oberamergau es una de las pocas que en estos viejos países sobreviven de la edad media. El alcalde de la aldea ha declarado: "Nuestra Pasión es recreada cada vez, acumulando las experiencias de años anteriores. La declinación de la

civilización occidental —ahora en tanto peligro— no nos amilana. Nosotros seguimos exaltando los valores espirituales que indudablemente se elevan y remozan en todos cuantos nos visitan”.

Todos los intentos de comercializar y diríamos profanar esta representación llevando a los papeles más importantes actores o actrices de profesión han fracasado afortunadamente. Hollywood ha hecho sus ofertas tentadoras, pero desde Judas hasta Cristo, todos las han rechazado.

JUDAS DE AYER Y DE HOY

Interviene en la historia de Cristo un personaje abominable y extrañamente complejo. El Evangelio lo designa con el nombre de “el traidor”. Pero sería demasiado simplista reducir su traición a codicia de plata. La tragedia de Judas es mucho más honda y complicada. El es un judío calculador que sueña en un mesianismo carnal y tangible. Judas no cree en el misterio, no se fía de promesas espirituales, se ríe de la creencia en lo trascendente, aprieta con angustia la bolsa en que cifra el precio de todas las felicidades.

Nos repugna su afán de lucro, su alevosía, su desesperación final. Judas antepone el dinero a la fe, al amor y a la suprema esperanza. En el Evangelio no aparece incrédulo como Tomás, ni niega a Cristo como Pedro, ni se agazapa de miedo como los demás compañeros del apostolado. Es simplemente el oportunista que busca el carro de triunfo para subirse a él. ¿Triunfa Cristo y arrastra en pos de sí las muchedumbres? Pues con Cristo! ¿Empieza a fracasar? Pues contra Cristo! Encargado de la escurrida y chupada bolsa de los haberes apostólicos, ya se ve dueño de tesoros fabulosos, conseguidos por vía de milagro y tal vez ministro de hacienda de una Jerusalén convertida en metrópoli de un gran Imperio. El chasco de Judas fue la crucifixión de Cristo.

Judas fue un poseso del sentido materialista de las cosas y de los acontecimientos. No ha podido entender a derechas el mensaje divino, las promesas eucarísticas, el reino de Dios que está dentro de cada hombre. Le interesa la granjería inmediata. Un día María, la hermana de Lázaro, destapa un frasco de riquísimo perfume, se lo derrama a Cristo sobre la cabellera y le unge manos y pies. Es el lenguaje de la delicadeza y del amor. Pero éste metalizado tesorero de la pequeña comunidad cristiana se escandaliza del despilfarro y protesta farisaicamente: “¿Por qué no se vendió este perfume en trescientos denarios y se dio a los pobres?”. No lo dijo —explica el evangelista Juan— porque le importasen los pobres sino porque era ladrón y hurtaba de la bolsa común. Ya hacía tiempo que se aprovechaba de su puesto para consumir raterías y acrecer su peculio particular.

Para lograr sus ambiciones estrictamente sensuales y terrenas Judas no reparó en procedimientos y quiso, con torpe habilidad que terminó asfixiándolo, utilizar para sus planes a los más terribles e implacables enemigos de Cristo y de su grupo. El intentó los diálogos imposibles y las aperturas que son entrega y criminal concesión. Tuvo la mano cerrada para empuñar su bolsa; la tuvo abierta para saludar al enemigo que jamás cede, aunque parlamente con sonrisa engañosa.

Llegada su "oportunidad" Judas no se para ante ninguna norma. No le arredran la amistad o la gratitud. Va derecho a su presa, con osadía, mirando de frente a su víctima, acercándose a ella a palmo-tearle la espalda y mentirle sentimientos de amistad. Por atrapar cinco monedas más no hubiera dudado en apuñalar por la espalda al tiempo de abrazar. Para prender a Cristo da por contraseña el beso en la mejilla. Y lo ejecuta así, con sangre fría de ofidio venenoso. El dulce reproche de Cristo no lo conmovió. Llevaba dentro un corazón de metal duro, antes que un corazón de carne. Su última, tremenda decepción fue comprobar que el Cristo de los milagros asombrosos no hacía uno para evadirse de la turbamulta de enemigos. Judas había pensado en el negocio redondo. Lo vendo, me gano treinta monedas y luego El se escapa milagrosamente y todos en paz y contentos. Porque parece que él creía en Jesús. Clara señal de que la fe sola, sin obras, no salva. Fue el suyo el espantoso pecado contra la luz.

Pero Cristo había dicho de él: más le valiera no haber nacido. Para tantas felonías no vale la pena de vivir. Llegó un momento en que las malhabidas monedas le quemaron las manos y le envenenaron el corazón. Y optó por ahorcarse con muerte no de escéptico sino de desesperado. No basta para redimirse el arrepentimiento del pecado; hay que hacer penitencia y enmendarse, como la hizo Pedro, el de las tres negaciones cobardes. Sobre todo hay que amar. Pero los espías, los venales, los logreros, los metalizados, los materialistas, los secuestradores como Judas, que fue el primero de la serie, tienen piedras por corazón y no conocen la delicia de amar.

La raza de Judas no se ha extinguido. En el orden individual es Judas el que prefiere sus concupiscencias y sensualidades al amor de Cristo, el que subvierte la jerarquía de los valores, el que antepone lo terreno a lo celestial, el dinero al saber, la infame pasión propia a la inocencia ajena, el lucro materialista a la antigua amistad, la ganancia muy hábil al despojo de la viuda indefensa o del huérfano desamparado.

En Judas están personalizados todos los administradores infieles y aprovechadizos, todos los políticos que por simple granjería se pasan al bando contrario, sirven a quien les paga más y tienen conciencia de alquiler.

Judas debió ser fácil de palabra, suelto de ademanes, hábil para la propuesta, falaz en las condiciones de hierro para exigir lo pactado cuando ya tenía segura y acogotada la víctima. Tal vez hubo comerciantes inexpertos que tuvieron que llorar a la hora de saldar cuentas con Judas. El era un hombre de presa, como los que hoy vuelan por todo el mundo y suelen hospedarse en los más lujosos hoteles. Hay versiones masculinas y femeninas de Judas. Hay Judas con pantalones y Judas con faldas. A estas pertenece la madre que disimula, que tolera, que tal vez fomenta las relaciones de su hija con el viejo verde y adinerado o con el casado que practica el adulterio como un deporte. Es Judas el comerciante que dimidia la mercancía o falsifica calidades, el político que pone precio a sus favores, el formador o informador de la opinión pública que a través de la prensa o de la radio divulga la falsedad, aunque hiera, y expone la pornografía, porque todo eso trae plata y el negocio es negocio. Hay algo y mucho de Judas en el pro-

gresista que intenta el pacto irrealizable entre la verdad católica y la estrategia mundana, en el aperturista que se entusiasma con todas las ideologías noveleras, en el que desprecia al sacerdote y en cambio se siente halagado con la amistad del heterodoxo, en el que no escatima elogios a Lutero y a Marx y luego dictamina con suficiencia sobre las actitudes y los documentos de Pablo VI. Porque todo eso es sentido de oportunismo, actitud de entrega, traición a los valores supremos, falta de cariño a la pureza e integridad del Cuerpo Místico.

Por culpa de tantos Judas, Jesucristo sigue subiendo al Calvario y padeciendo en su Cuerpo que es la Iglesia. Pero sabemos que Cristo resucitó de entre los muertos y que Judas acabó cimbreado de un árbol como índice de su más dolorosa incompreensión de Cristo. Amarga el pensamiento de que Judas ha tenido discípulos de lamentable caudillaje entre hombres de Iglesia, entre predilectos de Jesús: Arrio, Nestorio, Lutero, Lemennais, Loisy, ciertos "católicos patriotas" de la Iglesia del silencio y los obispos cismáticos de la Iglesia mártir de China. Y junto a ellos los católicos amargados y disolventes de que habla Paulo VI, que piensan que la Iglesia no sigue el ritmo de los tiempos y hablan del retraso de los Padres Conciliares. Todos ellos siguen preparando la crucifixión de la Iglesia, como Judas. Evidentemente, hubo un Judas histórico, abominable y repugnante que se ahorcó. Pero Judas es de todos los tiempos y vive entre nosotros en el avaro, en el oportunista, en el materialista, en el secuestrador que trafica con hombres para adquirir un infame dinero.

FEMINISMO CRISTIANO

Entre los signos eclesiales de la coyuntura histórica que estamos viviendo hay dos que atañen de singular manera a la mujer. Roma la invitó a participar como auditora en el Concilio Vaticano. Roma ha concedido que algunas mujeres, como las misioneras Lauras de Colombia, puedan tomar en sus manos la Sagrada Hostia y distribuirla a los feligreses desprovistos de sacerdote. Dos indicios que han florecido en nuestros días como culminación de un proceso de centurias y quizás de milenios.

Se ha escrito que sólo desde Belén y el Calvario adquiere la mujer su propia dignidad y su auténtico puesto y sentido en la sociedad humana; que sólo con la revelación de Cristo se ha tornado posible la visión de lo femenino como valor supremo. A quien le interese comprobarlo con documentado estudio le brindaríamos las páginas de "Cristo y la Mujer", tan sabias y tan bien intencionadas que de una parte condujeron muchas lectoras a la profesión católica y de otra suscitaron la inclusión del libro, por orden de la Gestapo hitleriana, "en la lista de los libros perjudiciales e indeseados".

La antigüedad creó una bella teoría de mujeres ideales. Desde Hornero hasta el hispano Séneca el observador descubre una galería de mujeres que siguen sirviendo de inspiración a lo más fino de la cultura occidental. Tales son Penélope, la esposa fiel, que sigue esperando al marido ausente durante varios lustros; Andrómaca, tal como

nos la pinta el canto sexto de la *Iliada*; Antígona, que muere por defender sagrados derechos; Ifigenia, que sacrifica su fresca juventud ante la gloria de la patria; Hécuba, madre de dolores, que ve sucumbir a su hijo y el desplome de su ciudad. Todas ellas son creaciones del genio helénico e inspiradoras del genio occidental desde Racine y Goethe hasta las ágiles adaptaciones teatrales de José María Pemán.

Pero a pesar de este nobilísimo desfile de ideales figuras sigue enhiesta la verdad de que el alma antigua no alcanzó ni justipreció el valor de la mujer. Homero enalteció a la diosa Afrodita; pero Afrodita es la adúltera del Olimpo. Platón estimó a la mujer como más incepta que el hombre para la virtud. Eurípides penetró en lo más recóndito de la sicología femenina y creó mujeres tan complicadas y profundas como Fedra, Medea y Electra; pero él fue quien dijo: "No hay que dudarlo: Un solo hombre vale más que diez mil mujeres".

Meteoro en la noche lóbrega, por la sabiduría de Grecia cruza la regla de vida que Sófocles pone en boca de Antígona: "Yo vivo no para participar en el odio, sino para participar en el amor".

La mujer romana de los tiempos de Cristo, según aparece por infinidad de testimonios, no fue espejo de honestidad y fidelidad. El poeta Propertio llegó a decir: "Empresa más fácil sería secar el mar y coger las estrellas con la mano que desacostumbrar nuestras mujeres del pecado. La fidelidad de la mujer hay que busearla en el Lejano Oriente en donde las viudas cifran su orgullo en hacerse quemar con el esposo muerto". Pero Cátulo, Propertio y Ovidio prodigan sus versos a las Cintias, las Lesbias y las fáciles y procaces libertinas. No hay que olvidar aquel principio asentado por el pensador alemán J. Doller: "La posición que la mujer ocupa en un pueblo es el primer índice de su cultura".

Y esta es la norma que servirá para diferenciar la visión antigua y la visión moderna o cristiana de la mujer. Para venir al mundo, Dios hecho hombre, Jesucristo hace su propia madre. Y la hace inmaculada y llena de gracia. Y en su enseñanza, la mujer queda comprendida, sin excepción ni distinciones humillantes, entre las hijas de Dios y merecedora de las exquisitices supremas de la caridad.

El dialoga con la samaritana para mostrarle unas aguas que calman la sed de lo eterno; admite la unción y los ósculos de la pecadora de Mágdala; defiende de la jauría de los hipócritas lapidadores a la mujer sorprendida en adulterio y elogia la mínima limosna de la viuda pobre. En su tarea de evangelio hay mujeres fieles que lo siguen y que lo hospedan y en sus postrimerías de abandono y de sangre, ellas lo rodean hasta en el patíbulo, cuando los discípulos varones le demuestran fidelidad vendiéndolo, negándolo, huyendo y agazapándose.

Desde Cristo la mujer es mayor de edad y empieza el recobro de su dignidad y de sus más limpios derechos. Si forma hogar, ha de ser con un solo hombre; sus valores están amparados por el vínculo indisoluble; su personalidad tiene primacía sobre la sexualidad y si quiere la oblación intacta y suprema, puede guardar cerrado su huerto para el que es Amador de las vírgenes y enarbola entre hombres el ideal de una angélica pureza.

Desde la presencia de la Virgen María junto al ara del Calvario, la mujer, en el marco de la civilización de Occidente aparece como guía, como educadora y como salvadora. En la Roma decadente y disoluta de los tiempos imperiales la firmeza virginal de Santa Cecilia es como la súbita floración y la imprevista fragancia de un lirio desconocido. Y cuando cristaliza el prodigio versificado de la Divina Comedia, Beatriz sublima la esencia y la misión de la mujer. ¿Hay en la literatura pagana algo remotamente parecido a esta mujer idealizada? Hay en los poetas de Grecia o de Roma la nota delicada de los juglares y de los trovadores? Y en la misma vida real, hay entre la teoría larga de las heroínas antiguas, unas mujeres que puedan equipararse a Inés de Roma, a Catalina de Siena, a Teresa de Avila, a Teresita de Lisieux? Cristo le otorgó y le demandó a la mujer la disposición y la capacidad para las más arduas tareas y los más nobles servicios y sacrificios. Por eso está ella en el hospital, en el leprosorio y en la selva. Por eso Inés y Cecilia son capitanas de vírgenes; Catalina es antorcha junto al pontificado; Teresa descubre los secretos del castillo interior; Teresita propone su camino de espíritu al infancia y Laura Montoya, agitada por dinamismos eclesiales, se mete en la selva a cristianizar y civilizar al indio americano. En el cristianismo la mujer se hace elevadora del hombre. Por eso son tan significativas las palabras finales de Fausto, el de Goethe, que son como el zumo y la quintaesencia del concepto de lo femenino en la cultura cristiana: "Lo eterno femenino nos eleva hacia arriba". De ahí que para el cristiano que piensa en lo alto, según la invitación de San Pablo haya una misteriosa fuerza de purificación y de elevación en la más pura y noble de todas las mujeres. En la Anunciación, llena de gracia, nos enseña a plegarnos sumisamente a la voluntad del Artífice. En el Calvario nos enseña la fidelidad hasta el sacrificio. Y en la Asunción nos traza un camino de porfiada superación espiritual, de vuelo hacia lo trascendente y lo divino.

PATONES, UN PUEBLECITO DE CASTILLA

El maestro Azorín fue el descubridor estético del paisaje y de los pueblos de Castilla. Azorín salía de viaje a la pesquisa de emociones inéditas. Azorín se detenía, por corazonada, en alguna aldehuela del trayecto. Azorín copiaba amorosamente en sus ojos y en su memoria aquel cuadro nuevo: las fajas del labrantío, las casucas de adobe acurrucadas junto al anillo de oro de las eras, las callejuelas solitarias por donde, tal cual vez, pasa una viejecita invariablemente enlutada o mira, en una esquina, un flaco gozquecillo; la plazoleta con tres árboles cubiertos de polvo, unas casitas con balcones o con cristaleras heridas por el sol de la tarde y la torre del campanario vigilante sobre tanto sueño, sobre tanta soledad. Arriba, en el cielo azul, viajan sin rumbo unas nubes blancas, unas nubes redondas...

Azorín, en la soledad de su aposento aldeano, oye el tic-tac de un viejo reloj, evoca los hombres, las mujeres, los corazones que amaron o sufrieron en este recinto, y de pronto, como si le subiera por toda el alma una vaga oleada de tristeza o de inefable hastío, se vuelve

a Madrid, al embrujo de la gran ciudad, hasta que vuelve a sentir la llamada de otro pueblecito de Castilla...

Yo también he visitado estos pueblos, lo mismo cuando la primavera los ciñe de trigales verdes y ondulantes que cuando dormitan, bajo los soles de agosto, en medio de la llanura parda, de la llanura sin ríos y sin árboles.

Y ahora me place evocar un pueblecito castellano, pero no de llanura, sino de montaña; un pueblecito olvidado que antaño tuvo su peculiar y municipal monarquía. Me refiero a Patones.

Hará cosa de diez años, una maestra vino a invitarme a Patones, a preparar el vecindario para la visita del Prelado de la diócesis de Madrid.

Monté en el autobús que lleva a Torrelaguna, la patria chica del gran Cisneros y siete kilómetros más allá de esta población histórica, me dejó el vehículo en pleno descampado. A la vera del camino, la maestra capitaneaba un grupito de hasta veinte niños y niñas que agitaban en sus manos banderolas y gallardetes. Estaban esperando al Padre Misionero. Todos, a coro, saludaron: Buenos días, Padre! —Buenos días, niños. Y empezamos a subir por un atajo que culebrea monte arriba. A poco se perdió de vista el valle. La subida al puerto de Almajón, en donde está escondido Patones, es tan breve —dos kilómetros y medio— como brava. Rocas escarpadas; grises láminas de pizarra que afloran de las corcovas del monte. Al fondo una garganta abrupta, que se hunde en una de las ondulaciones de Somosierra, no diré que blanquea sino que negrea Patones, asentado en el declive en caprichoso desorden. Delante de la iglesia, donde hablé tantas veces de Cristo y del valor del alma, hay un rellano en donde al atardecer juegan al corro las niñas de la aldea. Esa es la plaza. Las calles son a manera de canalones tortuosos por donde baja ahocinada, en los días de lluvia, el agua de la sierra alta. Las casas bordean los canalones. Son bajas y grises: construídas con pizarra y piedra ferruginosa, dan la sensación de un pueblo oxidado, muy distinto de los demás pueblos de Castilla, todos ellos de tapias o de adobes pardos. A lado y lado, las cuevas del monte sarpuñadas de enormes piedras y agraciadas por los hortezuelos en donde verdean las domésticas legumbres.

Pero lo curioso es que este pueblo olvidado del mundo y de sus leyes, tiene historia regia y pujos monárquicos... Asegura el famoso librero Ponz en su "Viaje a España" que en la edad media, gentes de la serranía, huyendo de los árabes triunfadores en Barbate, se replegaron a un lugar abrupto de la sierra, llamado los Pradales, por temor o por no someterse al yugo infamante de los sarracenos. Y allí vivieron totalmente aislados y sin más comunicación con los demás pueblos de la comarca que algún voluntario que bajaba a ellos en busca de sal y de telas en dos o tres fechas cada año... Y se creó o surgió en el pueblo una monarquía hereditaria, cuyo reinado se trasmitía de padres a hijos. El mayor era el alcalde rey.

El secretario de Patones, hombre muy enterado en la historia local, me refería haber visto en los libros municipales, robados por la barbarie roja en la última revolución, la firma del monarca del pueblo, que rezaba así: "Yo soy el alcalde, rey de los Patones".

En el transcurso de diez siglos, nadie, que se sepa, importunó a este ignoto Pelayo de Somosierra. Y su majestad, en justa correspondencia, jamás oprimió a ninguno de sus vasallos. Patones, pues, era el reducto inexpugnado de una tribu de godos sin contaminación de sangre. Expulsados, al cabo de ocho siglos, los de la media luna, continuó la monarquía patona con carácter independiente de tal manera que cuando el Real Consejo de España se dirigía al monarca patón, encabezaba así sus escritos: Al Alcalde rey de los Patones... El democrático señor, no usaba corona sino que se tocaba la real cabeza con un sombrero de medio queso; de sus reales hombros no pendía el manto de armiño, sino una capa parda o bayetón que le llegaba hasta los pies. Y lejos de montar en gordezuelo corcel que se fuera a la empinada, como el del príncipe Baltasar que pintara el gran Velásquez, llevaba del ronza! un asnillo cargado de leña. Porque en Patones hasta su majestad trabajaba, cosa que no suelen hacer los jefes de otras monarquías...

Pero en España hubo un rey a quien, entre varias cosas que mucho importaban a él y a su pueblo, le faltó, por lo visto, el sentido del humor. Se llamó Don Carlos III, de infausto recuerdo para las misiones católicas de América. Y así como un día tuvo la antipatriótica y volteriana humorada de expulsar de un plumazo a esos grandes obreros de la cultura española que eran los Jesuitas, así, otro aciago día, se levantó de malas pulgas, se encasquetó la rizada peluca y exclamó secudido de nervios: Pero, qué monarquía es esa ni qué ocho reales de vellón? Y allí acabó la monarquía inofensiva de los últimos godos incontaminados... Adiós rey de los patones! Adiós monarquía serrana y privilegios seculares...! En 1769 Don Carlos IV, digno hijo del II, constituyó a Patones en municipio con término propio.

Después hubo un alcalde progresista que le hizo a Patones una vereda hacia el camino ancho de abajo. Luego vino un camino de herradura; más tarde, ya casi en nuestros días, una carreterita para empalmar con la de Torrelaguna al Pontón de la Oliva... Y los Patones se fueron asomando al mundo y lo fueron encontrando amable y atractivo. Y han visto autos, camiones y luz eléctrica. Y algunos, aburridos de su encerramiento en esa garganta han bajado al llano a construir sus casas. Ahí, me decía un Patón en aquellos días inolvidables de mi visita misionera, ahí iremos a parar todos. Es de noche. Junto al fogón, encendido en el suelo, bajo la campana de la chimenea, estoy sentado en una banqueta de dos palmos de alta. A mi lado la señora Ramona, acurrucada, sopla en las brasas para darle punto a la cena castellana, parca pero de sustancias gruesas y apetitosas. En frente a mí, su hijo, un mozo moreno, de ojos verdes, mira atediado el fuego. Ha hecho ya el servicio militar en Madrid. Y Madrid es para él una visión de fantasía. —Esto es muy duro, Padre. Esto es muy duro. Apenas consiga cuatro cuartos me voy para Madrid. —Y usted que lo vea, dice la señora Ramona. Una echó aquí los primeros dientes de pequeña y aquí los estoy echando fuera, de vieja. Y me cuentan historias del pueblo. —Antaño, dice, vivíamos tres kilómetros más allá, en lo alto de la Sierra; pero una noche de diciembre, bajaron los lobos y se comieron dos niños, sabe usted? Y tuvimos que bajar a esta garganta. Y aquí estamos viviendo, si es que a esto se llama vivir...

Patones no tiene cura párroco. Pero lo tuvo antes de la guerra y en plena guerra. Era viejo; había encanecido en el pueblo a donde llegó joven.

En pleno dominio de la barbarie roja, vinieron varios grupos de milicianos, en domingos sucesivos, a preguntar por el Cura. Tenían que ajustar con él no sé que cuentas... El pueblo entero, como Fuenteovejuna, salió a la carretera armado de azadones, bieldos y escopetas de cacería. El señor cura está en donde él y nosotros sabemos y no permitimos que ustedes le toquen una punta del bonete. Ahórrense, pues, las venidas desde Madrid.

A esas, el señor cura está refugiado en una cueva a donde las familias de Patones, por turno, lo van a socorrer con cazuelitas de sopa, tropezones de chorizo serrano y sorbos de un vino seco que resucita muertos.

Verdad que no se ha extinguido de sobre la haz de la tierra la raza de los nobles?

A las diez de la mañana de un luminoso día de abril me dispongo a salir de Patones, rumbo a Torrelaguna, a Madrid, a mis libros. En el rellano fronterero a la iglesiuca, que en las noches anteriores he visto colmada de campesinos de tez morena agitanada, unas niñas danzan en corro: "Jardinera, jardinera...". En medio otra niña de ojos color de la oliva y una trenzita juguetona sobre el hombro, canta no sé que romance viejo. Adiós, niñas! Adiós, Padre. Que vuelva.

Y acompañado de los niños y las niñas de la antigua monarquía municipal de los Patones desando la carretera y dejó a las espaldas, en la hosca y pelada sierra, este pueblecito de Castilla con su pesadumbre de historia.

COMO UN PROFESOR SUECO BUSCO UN CODICE ESPAÑOL

En 1956, los eruditos, los bibliófilos y los juristas españoles fueron sorprendidos con la publicación de un texto famoso llamado el "Vidal Mayor" cuyo códice primitivo se tenía por definitivamente desaparecido. ¿Cómo se obró el milagro?

En el lejano 1228 fue nombrado Obispo de Huesca, en los Pirineos españoles, el noble jurisconsulto Vidal de Canellas. A este varón de letras y de cánones le sobraba tiempo para pastorear su diócesis, escribir gruesos infolios y acompañar en sus militares correrías al rey Don Jaime el Conquistador. En 1240 asistió al Concilio celebrado en Valencia y posteriormente intervino como oráculo de sabiduría en las Cortes de Huesca, de Cataluña y de Aragón. Mi señor Don Vidal no conocía el descanso y para darle evasión al cúmulo de erudiciones que le bullía por el alma adentro se atareó por años en escribir nueve tomos sobre antigüedades de Aragón y de seguro se quedó confiado en la lengua posteridad que suelen deparar los saberes y las nobles escrituras.

Pero está visto que se muere uno y en pos se van muriendo su nombre, su recuerdo, sus reliquias y las obras que uno, con boba ilusión, estimó imperecederas. "Las sombras de los muertos también muer-

ren", dijo por allá Don Tomás Carrasquilla. Que fue lo que le estaba pasando a mi señor Don Vidal, el obispo de Huesca y consejero de Don Jaime fallecido en 1252.

Pero no todos gozan la suerte que el Señor Obispo. Porque a la vuelta de los días mil hubo un sueco, por nombre Gunnar Tilander, que en su comarca de fríos y de nieblas vivía a la pesquisa de viejos intolios medievales y se sintió hurgado de una implacable curiosidad por el texto del Vidal Mayor. Había que buscarlo afanosamente, aunque ello demandara un viaje a España y prolongadas rebuscas en los archivos polvorientos.

Gunnar Tilander se dirige primero a Madrid. Allí está la biblioteca nacional, rica entre las ricas de Europa, océano de libros que allá confluyeron por obsequio, por compra, o por efecto de las leyes que confiscaron las bibliotecas conventuales. Allí los archivos, colmados de legajos y de manuscritos. Pero Madrid no le dijo nada al investigador sueco. Había que encaminarse a Zaragoza, ya que se trataba de obispo y autor aragonés. Nuestro amigo el sueco estaba en la pista. En Zaragoza encontró una obra anónima en la cual se hablaba de un hermosísimo códice del siglo XIII que poseía, hacia 1865, Don Luis Francisco López, barón de Mora, ilustre abogado y alcalde de la inmortal Zaragoza. Ese es mi códice, sospechaba el ilusionado sueco. Pero quién será ahora el poseedor de ese códice? Si Don Francisco era abogado, entre abogados había que realizar las pesquisas y si era viejo en la mitad del siglo XIX, había que buscar entre varones añosos y encanecidos. Y se dió nuestro sueco a visitar juriconsultos, que lo acogieron todos con grande cortesía hasta que llegó a un catedrático que tenía nombre y apellidos como personaje de una comedia de Tirso de Molina. Se llamaba Don Gil Gil y Gil. Este ilustre senador lo encaminó hacia el vizconde de Espes, nieto de Don Francisco López. Pero por ese camino fallaron las inquisiciones. Entonces Don Gil lo remite a Don Ricardo Monterde, que en su juventud había sido pasante del poseedor del códice misterioso. Ya creía nuestro sueco tocar con la mano el codiciado tesoro.

—Sí, le confirmó Don Ricardo Monterde, conocí ese códice y su dueño fue tan amable y agradecido que me lo quiso regalar días antes de su muerte en premio a mis servicios. Pero yo no acepté ese obsequio por creerlo demasiado valioso. Muerto Don Francisco, barón de Mora, el códice pasó a su hijo y éste lo vendió —A quién? preguntó angustiado el profesor. —A un extranjero. —Y de qué país? —Lo he olvidado. Sólo sé que hablaba inglés.

Tilander empezaba a sentirse naufragar en el puerto. Pero este hombre tenía ilusión, tenacidad y paciencia. Y pensó: por de pronto hay que dirigirse hacia Inglaterra. Allí hay bibliófilos conocidos y medievalistas de prestigio. Varios meses gastó el sueco en investigaciones hasta que al fin supo que ese códice español había sido comprado por un tal mister Fairfax Murray el cual, a su vez, en 1906 lo había vendido al Doctor Dyson Perrins, en cuya preciosa biblioteca figuraba. A sus puertas tocó nuestro sueco y sucedió que mister Perrins le dijo que sí, que tenía un viejo códice español que contenía los Fueros de Aragón. Nuevo amago de decepción. Pero había que verlo con los propios ojos y examinarlo golosamente. En realidad, el bibliófilo inglés tenía el

manuscrito único de la compilación "Vidal Mayor", que se creía perdido y que Gunnar Tilander, hombre sabio pero más porfiado que sabio, acaba de encontrar con indecible júbilo.

Ahí estaba el códice maravilloso, con ciento sesenta miniaturas de imponderable belleza. Y contenía el texto latino del Obispo juriconsulto y una traducción contemporánea en aragonés antiguo. El mister le permitió al sueco fotocopiar el códice español entero y así, sobre los pergaminos de un códice medieval, se consumaba, una vez más en la historia, la unidad de la cultura europea. La Iglesia nutricia representada por el Prelado autor y en torno a ella España, Inglaterra y Suecia. En 1956 Gunnar Tilander publicaba en Lund, Suecia, el Vidal Mayor en tres volúmenes. En el primero se cuenta el hallazgo venturoso y aventurero del libro. En el segundo se reproduce la traducción aragonesa del Vidal Mayor. Y el tercero está formado por copioso vocabulario. Gunnar Tilander es catedrático de lenguas románicas en la Universidad de Estocolmo y miembro honorario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España. Los libros, es verdad, prolongan a su autor en el tiempo y en el espacio. Gracias a este códice, que se había perdido y ha resucitado, mi señor obispo Vidal de Canellas, muerto y sepultado en 1252, ha vuelto a la memoria de los hombres y sigue viviendo un poquito más.

EL HOMBRE POLITICO EN FRANCIA

La inquietud política es una de las irradiaciones más activas del espíritu francés en el mundo de nuestros días. Si algún día —valga el ejemplo— se escribiera la historia del pensamiento político de Colombia se podría comprobar cuán potente y poderosa ha sido la influencia de Francia en la ideología de los partidos colombianos. Hoy, sin embargo, el hombre político se está convirtiendo en Francia en una especie bastante rara. Francia, el país de la libertad y de la más sensitiva democracia se ha doblegado sumisamente a la personalidad del General De Gaulle. En salones, en tertulias, en periódicos el francés de la calle sigue murmurando del régimen y censurando al Jefe, pero llegado el momento de acercarse a las urnas vota por el hombre providencial. Un periodista italiano anotaba hace días: La fuerza de este régimen está en que no reprime la crítica ni hostiliza al opositor. Le permite la voluptuosidad del desahogo. Pero no porque sea un régimen liberal. Sino porque en las alturas del gobierno se sabe que ningún francés, por muy en la oposición que milite, desea sinceramente un cambio de posturas políticas. El instinto de conservación es más fuerte que el ansia de revolución.

Esta mudanza del espíritu público sorprende mucho más en el país que fue cuna de la política moderna. A partir de la revolución francesa se comenzó a interpretar la lucha política como un duelo entre partidos y facciones, se habló de liberales y de conservadores, de izquierdas y de derechas. Fue justamente en Francia en donde se acuñó aquel aforismo: La política ante todo.

Los observadores de la realidad francesa atestiguan el fenómeno del general desinterés por la política. Hay quienes lo atribuyen al

sentido autoritario del régimen degaullista; pero se puede replicar que fue justamente el cansancio y la desgana de la vieja política tradicional la que permitió y reforzó el retorno del gran hombre militar al gobierno. Varios países latinos de la Europa actual, desilusionados de una palabrería prometedor y nunca eficaz, han optado en estos últimos lustros por entregar su suerte a hombres de mano segura y voluntad dominadora. El periodista francés Jean Guéhenno acaba de proferir estos conceptos sorprendentes, manifestadores de una realidad colectiva: "Nosotros —dice— no sentimos ninguna servidumbre. La verdad es que la libertad se ha adormilado. Somos un pueblo feliz. Cada uno lo sabe y nos lo dicen con frecuencia. Nunca hemos sido más ricos; ni hemos estado más vacíos. Estamos en plena digestión. Jamás hemos vivido, todos, tan dócilmente silenciosos. El sentimiento de nuestra grandeza nos basta y nos quita la palabra".

Se trata de una confesión despiadada, de una violenta acusación contra el espíritu de la Francia contemporánea. El francés de hoy reserva a la política una exigua parte de sus preocupaciones. Un sondeo de opinión, realizado hace poco según criterios rigurosos, ha confirmado que todo lo que sabe a política, en el sentido tradicional, interesa al francés bastante menos que los problemas económicos y sociales.

En el vértice de las preocupaciones del francés actual se sitúa lo referente al nivel de vida. Un cincuenta y ocho por ciento han contestado que para ellos los índices del costo de vida tienen más importancia que cualquiera otra cuestión. Siguen los problemas relativos a las pensiones y asistencia de personas ancianas, problemas que preocupan igualmente a jóvenes y a personas avanzadas en años.

Sucesivamente, por este orden, inquietan las cuestiones relativas a vivienda, estabilidad económica y estudios. Los aspectos específicamente políticos ocupan el último lugar. Solo un cinco por ciento de personas entrevistadas se interesan por cuestiones de régimen, constitución, parlamento. En suma: prevalece lo económico, lo social, lo que puede contribuir a una vida confortable y grata. La misma prensa refleja esta nueva modalidad espiritual y al paso que reduce y achica las informaciones y los comentarios sobre el tema político, amplía las referentes a lo social y a lo económico, al trabajo, a las vacaciones, al turismo. Los observadores y auscultores de la realidad no han sentenciado hasta el momento si se trata de un fenómeno contingente, vinculado a una particular coyuntura histórica del país o si es el preludio de una modificación espiritual obediente a crisis total muy profunda. Es evidente que la política es un hecho de cultura, un auténtico problema filosófico. Si en realidad contemplamos un crepúsculo de la política es porque estamos también en el atardecer de una era de la cultura.

EL RESPETO A LA HISTORIA

Sólo una vez tuve la suerte y la deliciosa emoción de visitar a Santafé de Antioquia. Y me encontré, sin sospecharlo, con una vieja ciudad de Castilla, bajo el sol del trópico y en un valle de los Andes americanos. Sorprende ese enclave de España al otro lado de los ma-

res; sorprende esa traza de las grandes casonas hechas para el blanco prolífico y para la servidumbre copiosa. Zaguanes anchos para el acogimiento cortesano. Patios interiores en donde gallardean las flores de América y de Castilla. Salas amplias, penumbrosas, frescas, en donde el silencio se puebla de sombras de alto ejemplo. Las calles empedradas, con orla de yerbas invasoras, cree uno haberlas visto en los pueblos taciturnos de Castilla o en los cromos laboriosamente dibujados, morosamente contemplados por el maestro Azorín.

En Santafé de Antioquia la historia fluye con lentitud, los días de la Colonia se resisten al caminar inexorable y flota un ambiente de gloriosa antigüedad.

Las ciudades como los hombres tienen su propia fisonomía. Tienen su alma y su misterio; su andadura y su ángel. Entenderlo así es de hombres cultos, sensibles a las irradiaciones del arte, de la historia, de la leyenda, de la tradición. Desdeñar ese tesoro, intentar cambiarles la faz a las viejas ciudades, demoler antigüedades para levantar colmenas de cemento, romper la euritmia arquitectónica e histórica de las plazas de estilo castellano con desangeladas construcciones que atienden solamente a lo funcional, es sencillamente indicio de pueril novelaría, de incultura y de barbarie.

En pleno renacimiento la noble familia italiana de los Barberini acometió reformas arquitectónicas que hirieron el respeto a la antigüedad tan vivo en los pueblos cultos. La opinión reaccionó en seguida acuñando un epifonema que ha quedado sobre esa familia como una marca de fuego: "Lo que no hicieron los bárbaros lo hicieron los Barberini".

¡Cuántos Barberini vamos teniendo en Colombia! Hay ciudades nuestras, hay plazas, hay calles que debieran permanecer intangibles. Hay antigüedades que el gobierno de la nación, de los departamentos, de los municipios debieran respetar y hacer respetar celosa e imperiosamente. Y ello por acatamiento a los mandatos de la tradición, por amor a la historia, y hasta por interesados cálculos previsores. Uno de los grandes atractivos del turismo en Europa es la traza y el aroma de antigüedad de sus ciudades. El que va a Toledo como turista, no sólo se propone visitar la imponente mole de la catedral, la sinagoga judía o la casa del Greco; va a sumirse por los laberintos de las viejas calles intactas, a vivir por unas horas en una ciudad anclada en la edad media. El turismo quedaría reducido a la mitad el día en que los españoles cometieran la barbarie de tumbar el casco antiguo de sus más nobles ciudades para reponerlo por edificios de cemento y de estilo yanqui.

Por eso el gobierno español cuida sus ciudades. Por eso en Avila, en Segovia, en Salamanca, el ayuntamiento de la ciudad mantiene una comisión permanente de urbanismo en donde arquitectos e historiadores velan por la conservación de los monumentos históricos y del estilo de la ciudad. Constructores y aparejadores saben muy bien que en determinadas calles y plazas no se puede demoler ni construir sin el visto bueno de la comisión urbanizadora. Y esta cuida celosamente de que el material, la fachada, las líneas todas del edificio proyectado rimen y se adecúen estrictamente al estilo de la calle o de la plaza. La historia tiene también su funcionalidad y su productividad. Además de

que en España se ha dado con el secreto de levantar bellísimas construcciones del gusto más clásico y de la más perfecta instalación funcional. Y ello porque allá la tradición no es inercia ni peso muerto sino fermento de novedad y ley de vida.

Cuándo lo entenderemos así en Colombia? Hasta cuando se tolerará que en plena plaza de Tunja, entre los caserones antiguos de balcón corrido, se construya un edificio de no sé cuántos pisos al estilo de los que cualquier viajante sin cultura ha visto en Norteamérica? Cuándo van a entender muchos de nuestros compatriotas que las plazas de nuestras ciudades tienen alma y semblante dignos de respeto? Que Rio-negro, La Ceja, Sonsón, Santafé de Antioquia o Donmatías podrán ser atractivos de turismo siempre y en tanto que conserven sus trazas, su arquitectura, su aroma de noble antigüedad colonial e hispánica?

Evidentemente hay que educar a nuestro pueblo. Hay que hacerle caer en la cuenta de sus tesoros y de sus valores. Hay que convencerlo de que se puede y se debe progresar sin entregarse previamente a una tarea de bárbara e inconsulta destrucción. Hay que enseñarle a asimilar lo nuevo, como se está haciendo en Italia o en España, sin abominar de lo antiguo. Y si reclama contra estas ideas el sentido mercantilista o el afán desahogado de lucro, hay que recordarle que el turismo, fuente de riqueza para todos, no vendrá a buscar a Colombia rascacielos funcionales sino reliquias históricas, persistencia de noblezas y remansos de centurias. Tales son mis inveterados anhelos y mis mejores augurios para la ciudad madre, para la quieta y blasonada Santafé de Antioquia.

RECORDANDO A JUAN MOREAS

Hace sesenta años murió en París el poeta Juan Moreas. Fue un ateniense de alcurnia injertado desde niño en la cultura francesa. Adolescente, con el alma toda abierta y vibrátil, anduvo por los más sugestivos países de Europa. Ya desde su mocedad cultivó por parejo la embriaguez del amor, de la aventura y del vino. Hacia los veintiseis años afincó en París que le cautivó el alma y lo dejó salir muy contadas veces, rumbo a su Grecia nativa y a las verdes campiñas del medio-día de Francia.

Bohemio, pintoresco de actitud y de atuendo nocharniego impenitente, fue uno de los personajes típicos del Barrio latino. Trasnochaba de café en café y en ellos elaboraba sus versos que recitaba al grupo de sus raros amigos artistas o bohemios como él. Los transeuntes lo miraban con curiosidad y él, con cierta complacencia de su popularidad, miraba a los transeuntes desde la altura y la distancia de su orgulloso desdén. Bajo su máscara de insolente desprecio él ocultaba un alma profunda y dolorida.

Por la calidad de su orfebrería poética, Moreas fue el caudillo del cenáculo simbolista francés, que insurgía contra los parnasianos, gustaba de las viejas andaduras prosódicas y de frente a los precisos elementos intelectuales de la descripción y la sentencia exaltaba los ele-

mentos sensibles, verbales y musicales. El simbolismo fue esencialmente poesía. Y Juan Moreas era un poeta sensitivo y refinado.

En 1884 apareció su primera colección "Los Cirtes" y en 1886 "Las Cantilenas". En la primera había un cierto aire satánico, según dice Clouard, y se abusaba del artificio arcaico y de la ácida gracia de los metros impares. "Las Cantilenas", más simbolistas que decadentes, seorean con una cierta fresca lírica popular de reminiscencias medioevales.

Moreas renegó muy pronto de sus primeros poemas. En "El peregrino apasionado" se advierte la influencia de los poetas del quinientos, aunque más en la andadura del verso que en el remozamiento de la lengua. Es curioso lo que entonces escribía Remy de Gourmont: "Quiso recorrer el camino que debería seguir todo joven deseoso de convertirse en un famoso tocador de arpa. Partiendo de la canción de Saint-Leger (poema del siglo X) ha llegado ya al setecientos y si prosigue su camino, llegará a la meta del viaje que es la de encontrarse a sí mismo".

Efectivamente, en 1899, al publicarse "Las Estancias", el poeta había dado su paso decisivo. Gozaba el hallazgo de un estilo personalísimo, del ritmo amplio y musical, de la perfecta forma y de la auténtica conmoción que se imponía en el clima literario de su época.

Era doble su afortunado logro: la conquista del alma, despojada de oropeles literarios, y el señorío de los secretos y de las posibilidades, variaciones y caprichos de la métrica francesa.

Del estadio lírico pasó al trágico y compuso "Ifigenia", representada en teatros de París y en el estadio de Atenas. La trabajó con cariño de patriota y con virtuosismo de poeta. Pero hay quien dice que la verdadera tragedia de Moreas está en su vida y vibra en "Las Estancias". Sus siete libros trazan un camino de perfeccionamiento interior. Leyéndolos uno percibe que el arte se ha simplificado y que el alma está gozosamente sujeta a una disciplina. Suena en ellos la voz humana, mensajera directa del espíritu. De este modo, la canción de un momento de las letras pasó a la perpetuidad del orden clásico.

SEFERIS, POETA DE GRECIA

El poeta griego Jorge Séferis obtuvo en 1963 el premio Nobel de literatura "por sus eminentes escritos líricos inspirados en un profundo sentimiento del mundo cultural helénico". Es la primera vez que la cuna de los más altos orfebres de la palabra, alcanzaba esta recompensa literaria. Para Jorge Stilianos Seferiades, que tal es su nombre, empieza entonces el periplo de la fama hacia todos los puertos de la cultura. El vive hoy en una casa sencilla y blanca de un suburbio de Atenas. La casa está rodeada de un jardín poblado de estatuas. Esas estatuas que frenan el tiempo y rescatan lo transitorio. En su jardín el poeta se entretiene en coleccionar conchas y rimar palabras. Las conchas —dice— me recuerdan el mar de Gracia con toda su belleza escondida al admirador apresurado. El mar es para Séferis la verde llanura rasgada por la barca de Ulises. La sombra del héroe fabuloso palpita en su alma. Y se hace más punzadora por el contraste del primi-

tivo relato con esta árida y segundona Grecia de nuestros días. "No teníamos ríos ni pozos ni manantiales; sólo unas pocas cisternas vacías y resonantes, venerables...".

Séferis nació en Esmirna en 1900. Hizo estudios de derecho en París de 1918 a 1925 e ingresó en la carrera diplomática que le ha permitido representar a su pueblo en Albania, Inglaterra y Líbano. En 1962 se recogió a su hogar de Atenas y se dedicó a recopilar sus Ensayos y sus Poesías escasamente conocidas más allá de las fronteras griegas.

Según nos informa Jacques Lacarriere, en bello estudio publicado en *Le Monde*, de París, la poesía griega de estos últimos cincuenta años ha discurrido por un camino de rebuscas y de interrogaciones por lo que se refiere a la tradición de que pudiera nutrirse y al instrumento verbal en que debe expresarse. Grecia es uno de los pocos países que posee dos lenguas: la popular o "demótica" y la pura. A los tres nombres que han descollado en la poesía griega durante este cincuentenario: Pálamas, Cavafis y Sikilianos viene a eslabonarse el de Jorge Séferis, desde que en 1931 publicó su "Estrofa".

Su aparición levantó reacciones apasionadas: en las letras griegas sonaba una voz nueva, una lengua hecha de claridad y simplicidad. Al revés de otros poetas coterráneos que habían acostumbrado a los griegos a un lenguaje precioso, difícil, elaborado, Séferis se expresaba con elegancia en la lengua de cada día, en un delicioso tono de conversación cotidiana. "Yo solo quiero hablar sencillamente. Que esta gracia me sea concedida". En 1942 decía: "Hemos envuelto de tantas melodías nuestro canto, que poco a poco se nos ha escondido. Hemos adornado nuestro arte de modo tan profuso que su semblante se nos ha velado bajo tantos adornos. Ya es hora de que digamos las pocas palabras que tenemos que decir. Mañana nuestra alma alzaré el velo".

Séferis se ha consagrado a su tarea de poetizar con sensibilidad helénica de hace siglos y de éste en que vive. El ha echado un puente desde la antigua y lejana ribera de los mitos y de las historias del pasado hasta las visiones de su Grecia cotidiana. En sus versos pasan visiones del pasado e imágenes del presente. Un gesto, una silueta de mujer que trabaja en el campo, un caballo que se agacha a beber en un tazón de piedra, un niño que llora en el puente deteriorado de un batel, un viejo sentado en la terraza de un café con los ojos perdidos en inefables sueños o recuerdos, tantos momentos efímeros y significativos que el auténtico poeta sabe captar y apresar en la malla invisible de sus ritmos.

Los poetas de verdad, expresan, aún sin proponérselo, el alma de sus pueblos. Y su mismo pasado, por remoto que sea, teje un mal disimulado acompañamiento a la melodía con que se canta la emoción de hoy. En un país como el griego, poblado de sombras ilustrísimas y surcado por palabras que no se extinguen, el poeta de hoy delata reminiscencias incontenibles. Grecia, pueblo de laboriosa historia moderna tan distinta de sus mejores crónicas; país de rocas y de campos yermos; cuna de hombres errabundos y navegabundos se esconde bajo la lírica de este nuevo Ulises, que ha visto y vivido las costumbres de tantas gentes remotas. Después de sus andanzas diplomáticas Séferis retorna a Grecia con amor saturado de nostalgias. Es otra vez Ulises que

regresa a su Itaca y la contempla con ojos más sabios y más viejos, con una mirada que descubre, al lado de los hombres y de las mujeres que deambulan por los caminos, la sombra monitora de los dioses inaprensibles, la impalpable presencia del pasado. Ulises y como él Séferis, regresa con los ojos enrojecidos por la amargura de los mares y viene a contarle al poeta con voz humilde y asordada el horror de haber visto a sus compañeros engullidos por las olas, dispersos uno a uno. Así los griegos que padecieron la tragedia bélica de la última contienda mundial.

Gracias a los embrujamientos del arte, un pueblo que vive de recuerdos y que prolonga su vivir en una decorosa pobreza, tiene todavía, en la voz de su gran poeta galardonado, un tesoro de belleza para ofrecerlo a la cultura ecuménica.

ACTUALIDAD DE BERGSON

La filosofía, en el fluir del tiempo, se ha ido revistiendo de formas nuevas: existencialismo, estructuralismo, regreso a un viejo materialismo de pretensiones científicas; pero entre tanto, Bergson reaparece con insistencia. Su legado persiste en el meollo de los grandes sistemas de nuestros días.

Hay un bergsonismo vivo. ¿En qué se cifra y cuál es su actual energía? Es ante todo una búsqueda de lo real. El primer libro de Bergson, "Los datos inmediatos de la conciencia" (1889) se proponía distinguir el espacio y el tiempo; el espacio es pura repetición, el tiempo es marcha hacia adelante. En su segunda obra, "Materia y Memoria" (1896) demuestra que la materia, para el caso del cuerpo y el cerebro, no es más que la condición del pensamiento, el órgano que permite pensar. La memoria es la prueba de la persistencia del pensamiento. En 1907 publica "La evolución creadora", cuyo mero título podría inducir a engaños, como si la evolución ocupara el lugar que le pertenece al Creador. Pero una lectura cuidadosa manifiesta que es Dios quien crea en la evolución y a través de ella, o mas bien, como diría el pensador cristiano, quien continúa el primer acto de la creación. Llámese creadora a la evolución como si fuera un artista porque hay invención y novedad en la naturaleza. El hombre —dice— es libertad encarnada. En el hombre, la vida no está cautiva de los mecanismos que ha construído. Hay un abismo entre el animal y el hombre: el que media entre lo cerrado y lo abierto, lo limitado y lo ilimitado. La diferencia no es de grado sino de naturaleza. El hombre es libertad encarnada; conquista lo inerte, domina el mundo circunstante, se mueve libremente en medio de lo forzado. En esos años Bergson opina todavía, erróneamente, que "las almas son nada más que los arroyuelos en los que el gran río de la vida se divide, fluyendo por el cuerpo de la humanidad". Pero hay que reconocer que el noble servicio del filósofo se cifra en haber redescubierto el espíritu, en haber acentuado su grandeza cuando estaba de moda empequeñecerlo. Fue mérito suyo el haber sostenido la realidad de la persona y el lugar privilegiado del hombre en la naturaleza, aunque sumergiéndolo con exceso en el torbellino de la evolución cósmica.

En 1932, como fruto de cinco lustros de meditación, publicó "Las dos fuentes" de la que dijo su admirador Jacques Maritain: "Es una obra clásica desde el día de su aparición". Las dos fuentes son: la moral y la religión. Se engañan —dice el filósofo— quienes creen o imaginan que la ciencia moderna, desde otro Sinaí ha entregado unas nuevas tablas de la ley. La ley moral nunca puede ser deducida de la ciencia ni la sola razón puede sofocar el mal en el hombre. Es falso también que la moralidad sea un mero producto histórico, un convenio entre los hombres, semejante a los estatutos de una sociedad. Según Bergson dos fuerzas moldean la escala moral: el sentido social innato en el hombre y la atracción de las grandes almas. La teoría de las dos fuentes —según Oesterreicher— contiene muchas intuiciones asombrosas y valiosas, pero no hace total justicia a lo que Bergson llama "lo estático" y no consigue constituir una verdadera filosofía de la obligación.

En el pensamiento bergsoniano hay también una evolución. Por ejemplo, en su libro "La evolución creadora" Dios estaba presentido, casi percibido; en "Las dos fuentes" está claramente afirmado. Más tarde se encontró con Cristo, Dios Hombre.

Dos hallazgos fueron caros a Bergson: el ímpetu vital y la intuición.

Bergson postula un "élan vital" un ímpetu original, un impulso interno, que ha llevado la vida hacia formas cada vez más complejas, a destinos cada vez más altos. Este ímpetu es una corriente de conciencia que ha penetrado la materia, llevando en sí las causas de las diferentes formas en que la vida se manifiesta. En su base es una sola energía o fuerza, que en el curso de la evolución ha seguido tres divergentes caminos: el del torpor vegetativo, el del instinto y el de la inteligencia. Esta viene a ser una flecha en el haz de la vida. De este modo Bergson viene a conceder a la vida un poder que no posee: el de dar nacimiento al espíritu. La naturaleza —dice Bergson— sigue este ímpetu e impulso que se le imprime en el principio como un poeta sigue la inspiración recibida. No sería difícil encontrarle afinidad a estas ideas con intuiciones geniales de San Agustín y con las teorías del famoso naturalista y formidable poeta Teilhard de Chardyn.

Punto importante en la filosofía de Bergson es el relativo a la oposición que él establece entre inteligencia e intuición. Según esa teoría, la inteligencia es articulada como la materia, está hecha para comprender a la materia, no ve más allá de la materia. En cambio, la intuición es el ápice, el vértice, lo sumo del espíritu y vuela por encima de lo material. Esta posición original y extraña del sutil filósofo se explica por su hostilidad al kantismo contra el cual ha querido establecer y preservar un camino de acceso a la metafísica: ese camino sería la intuición.

En la doctrina o sistema filosófico de Bergson hay un conjunto de afirmaciones o si se quiere, de adquisiciones apreciables: la libertad como precioso don humano; la unión indisoluble de alma y cuerpo, según la enseñanza tomista, que es superior al dualismo platónico y al paralelismo cartesiano; la solidaridad entre el hombre y el universo; la presencia del Espíritu creador en el seno del universo; la realidad de una Palabra y de un Amor infinito en el mundo.

Hebreo de raza, sumergido en un mundo intelectual aquejado de grave materialismo, pensador y constructor solitario de su armonioso sistema, él fue subiendo hacia la luz, trazó en el pensamiento de su tiempo una raya divisoria y señaló el camino a espíritus inquietos y pesquisadores.

“Bergson —confiesa Maritain— fue mi primer maestro. Mi gratitud, mi admiración por él han crecido con los años. Hace muchos años criticaba yo lo que llamaba “bergsonismo de hecho”, a la vez que insistía en el valor eminente del “bergsonismo de intención”. El fue quien libertó el pensamiento francés del engañoso influjo del positivismo y lo encaminó de nuevo hacia el sentido de lo absoluto, bajo el nombre de “durée” y con imperfecta e inexacta concepción asentó de nuevo el gran tesoro de la inteligencia metafísica, la intuición del ser”. Hombre de buena voluntad, él también se acercó al orbe luminoso de la mística cristiana y a la persona adorable del Salvador.

CAMUS, EL QUE REHUSO A DIOS

Como simple hombre, como cristiano y como sacerdote, uno escribe con tristeza el título de este sencillo comentario. Hay coincidencias que hacen pensar. Un miércoles de ceniza pasado me crucé en una calle de Medellín con un joven universitario que llevaba sobre la frente la cruzecita que nos recuerda el polvo de origen y en las manos el libro de Moeller: “Literatura del Siglo XX y Cristianismo”.

Y recordé entonces la oposición que hay entre autores como Sartre o Camus, estudiados por Moeller, y la doctrina que en la cuaresma nos repite la Iglesia en el magisterio de su liturgia.

De un lado la exaltación pagana de la naturaleza y del presente; de otro la exhortación al mesurado vivir bajo las luces de lo eterno. Pensé particularmente, en Camus, aquél que hablaba del “gran libertinaje de la naturaleza y del amor” y que de repente sintió troncada su vida en plena juventud y por trágico accidente.

Se ha repetido que la literatura de Camus es esencialmente “delatora” o de testimonio. Pocos en la Europa de nuestros días se han puesto tan generosamente como él al servicio del problema humano desde la planicie de lo natural. Toda su obra refleja problemas ambientales y sociales de nuestra época. Solo que Camus es negativo y no se inquieta por ofrecer soluciones a los problemas que recoge y delata. Característica de su obra es también el compromiso con una determinada ideología. Eticismo de puro mundo cerrado, porque Camus plantea pero no resuelve y no resuelve porque no quiere admitir aberturas o trayectorias hacia lo trascendente.

“Noces” fue el libro de su juventud. Apoyado en sus páginas Moeller habla del “mediterraneanismo” como tónica general de la juventud africana de Camus. Argelino, hijo de francés y de española, Camus se vio sumergido desde su niñez en la invasión pagana del sol y del azul marino de su comarca. Cultivó un “helenismo orgulloso”. Y se sintió pagano. Nos lo dice en texto muy elocuente: “La verdad es que resulta un destino muy pesado nacer en una tierra pagana en tiempos

cristianos. Tal es mi caso. Me siento más cercano a los valores del mundo antiguo que a los valores cristianos". Camus no duda en proclamar un gozoso naturalismo y se entrega a las exigencias de la sangre, liberada de las imposiciones del bautismo. "Nos dirigimos al encuentro del amor y del deseo. No buscamos lecciones. Ni la amarga filosofía que se pide a la grandeza. Fuera del sol, de los besos y de los perfumes agresivos, todo nos parece fútil. El gran libertinaje de la naturaleza y del amor me subyuga por completo". Así hubiera hablado cualquier jocundo romano de los días que precedieron a Cristo.

El naturalismo de Camus ignora todo lo trascendente y se zambulle con delicia en la pura materia. "Me entero —dice— de que no hay dicha sobrehumana ni eternidad fuera de la curva de los días. Estos bienes irrisorios y esenciales, estas verdades relativas son las únicas que me conmueven. Los otros, los "ideales" no tengo alma para comprenderlos. No es que sea preciso portarse como bestias; pero no encuentro sentido a la dicha de los ángeles". Tampoco los oscuros topes soterraños le encuentran sentido a la altura y a la luminosidad del sol.

El filósofo italiano Sciacca ha calificado a Camus como el "existencialista del absurdo". Clasificación que resulta verdadera si se funda en las dos obras de Camus tituladas "El Extranjero" y el "Mito de Sísifo".

En "El Extranjero", Camus nos da la extraña personalidad de un hombre que arriba a los extremos del absurdo al sentirse extraño o ajeno a sí mismo. Sería el hombre de corcho, una especie de ente filosófico que asiste al entierro de su madre como si presenciara un espectáculo indiferente para su sensibilidad; un hombre que mata a otro hombre sin sentir la congoja interior de haber eliminado a un semejante; un hombre, por fin, que asiste a su propio juicio como si todo aquel tinglado no tuviera que ver con él para nada.

Sísifo, según el mito, se vio en la necesidad de trasladar incesantemente un agobiador bloque de piedra hasta la cumbre de una montaña. Depuesto en ella el bloque, rodaba de nuevo montaña abajo y sísifo se veía forzado a repetir su fatigoso traslado. Y así siempre, en una obsesiva fatiga sin alivio. Forma plástica de que se sirve Camus para delatar el dolor de la vida. Camus se niega rotundamente a recurrir a razones trascendentes para iluminar el problema misterioso y angustiante del dolor y siendo imposible la evasión de la vida, Camus se obliga a creer dichoso a Sísifo, lo que vale tanto como decir que se obliga a dar al dolor, por sí mismo, un recóndito sentido de felicidad. Pero el dolor, cerrado en sí mismo, es doblemente torturador. En la doctrina de Cristo, el dolor se torna meritorio y hasta amable si se lo considera como instrumento de expiación y reparación, como colaboración a la obra redentora de Cristo, como incentivo para el gozo completo que nunca fenecerá.

En su obra "La Peste", Camus nos brindó una crónica del dolor humano en la última guerra mundial. Camus, tan ansioso del júbilo vital, se siente solidario del mundo atenazado por el dolor. Más de un incauto ha tenido el optimismo de proponer "La Peste" como ejemplo de literatura cristiana. Se trata simplemente de un compasivo humanismo sin Dios. Camus, delatado el dolor, quiere explicarlo, pero prescin-

diendo de Dios. Y su caso reafirma nuevamente la cerrazón y la impotencia de todos los racionalismos. Su teoría deja insoluble el inquietante problema del dolor humano.

A nosotros, los que por gracia de Dios, poseemos el tesoro de la fe, este problema del dolor como tantos otros que nos hurgan y bullen en los repliegues del alma se nos aclaran y perfilan maravillosamente con el magisterio vivo de la Iglesia y particularmente de la liturgia cuaresmal. Una de las más bellas lecciones de este ciclo es que por la cruz se llega a la alborada de gloria. Y que el viernes santo, que es dolor infinito, desemboca en el triunfo de la pascua de resurrección, que es también exaltación definitiva.

LA CIEGA REBELDIA

Camus, existencialista del absurdo, ofreció su obra "L'Homme Revolté" como una especie de explicación científico-filosófica de su obra, como un conato de explicación metafísica del hombre-personaje de sus novelas. Pero, según sagazmente anota Sciacca, el libro resulta un confuso andamiaje montado por manos inexpertas.

Algunas de sus concepciones históricas revelan el desenfado, sencillamente ridículo, del más frívolo ensayista. Cómo explica Alberto Camus la configuración y difusión del Cristianismo? Pues de esta manera: "La fe no es más que tinieblas. Los primeros cristianos esperaron la parusía; pero como ésta tardaba se organizaron en iglesia, con una fe, con dogmas y muy pronto, en un organismo espiritual que aspiraba al poder temporal". Es fácil que a Camus no le quede siquiera el mérito de la originalidad. Tal vez pudiera decirse de él lo que se dijo de Renán: que era un elegante traductor de los confusos heterodoxos de Alemania.

Por otra parte, a Camus no le interesaba lo cristiano. Ni para compartirlo ni para rebatirlo. En 1949 escribía: "Yo no parto del principio de que la verdad cristiana sea ilusoria. Nunca he entrado en ella. Eso es todo".

En realidad no entró en ella para vivirla; pero tampoco guardó con respecto a la verdad cristiana el neutralismo de que alardeaba. Frente a las acusaciones de materialismo con que justamente fue flechado, Camus retorció con burlona pirueta: "El materialismo más repugnante no es el que se cree, sino aquél que quiere hacer pasar ideas muertas por realidades vivas y desviar hacia mitos estériles la atención obstinada y lúcida que dirigimos a lo que en nosotros debe morir para siempre". Según esta categórica afirmación la teología del más allá, el espiritualismo de la edad media, el misticismo, son ideas muertas, son materialismo repugnante, son mitos estériles. ¡Qué desconocimiento de veinte siglos de enormes construcciones!

Camus no entendía tampoco el pecado. "Hay palabras —decía— que nunca he comprendido bien como la de pecado. Creo saber, sin embargo, que estos hombres, los de Argel, no han pecado contra la vida. Porque si hay un pecado contra la vida, no es quizás, tanto el desear de ella como el esperar otra vida e incluso hurtarse a la im-

placable grandeza de ésta". Con una frivolidad repulsiva Camus niega el pecado, juguetea con su concepto y tal vez por el gusto de hacer una maroma intelectual niega la otra vida e invita a exprimirle todo su jugo a la presente. En su más honda raíz, Camus es un puro pagano rezagado que con Horacio el epicúreo o con Rousseau el naturalista solo encuentra deleite en la flor del instante y en la inmersión ciega del propio ser en la palpitación del cosmos. "La única pureza, según Camus, es volver a encontrar esa patria del alma donde se torna sensible el parentesco del mundo, donde los latidos de la sangre se acompañan a las pulsaciones violentas del *soi de las dos*".

¡Qué abismo ideológico media entre este ciego júbilo panteísta y aquella concepción espiritualista de José Antonio Primo de Rivera cuando recordaba a los españoles que la menor de nuestras acciones debe conformarse, en busca de lo perfecto y armonioso, con el ritmo total de la creación!

La explicación se encuentra en que Camus no le veía sentido trascendente a la vida. Ansioso de una imposible evasión total, de una liberación de leyes y de normas, Camus concluía que "la vida será tanto mejor vivida cuanto menos sentido tenga". Si es un juguete sin trascendencia no importa estrujarlo y tirarlo. Lo trascendente estorba para chupar los néctares de las flores del camino, las dádivas de la hora fugitiva.

"La verdadera generosidad para con el futuro consiste en dársele todo al presente". Semejante aserto es la afirmación del antiheroísmo, que en cualquier actividad humana es lo único con derecho a la supervivencia del futuro.

Además, como filosofía no tiene novedad alguna, sino es en su desnuda expresión, en su cínica sinceridad. Vale, eso sí, como testimonio de una época y de unos hombres que son nuestros contemporáneos. Nos alumbra la torpe actitud materialista de tantos cristianos de hoy, rabiosamente entregados a la inconsistencia de lo que es temporal y terreno. Y nos da la clave para comprender esa racha de cansancio y de oscura desesperanza que sopla dentro de tantos corazones. De frente a la descarnada frivolidad de Camus y a sus gritos de pagano que no quiere pensar en el más allá, ni en la pureza ni en el pecado ni en la fe, uno debe meditar y revolver dentro del corazón la saeta pertinaz y estremecedora de Cristo: Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Quien sabe —solamente Dios— lo que Alberto Camus pudo pensar y creer, en un último instante de aterradora lucidez, cuando en su carrera vertiginosa lo sorprendió la muerte.

DIOS HA NACIDO EN EL EXILIO

Precedida por un escandaloso barullo polémico se asomó a las librerías la novela del escritor rumano Vintila Horia: "Dios ha nacido en el exilio", que en 1960 fue premio Goncourt.

Vintila Horia es rumano y cristiano y hace años que vive desterrado de su patria. Posee una vasta cultura en letras clásicas y modernas y escribe con señorío y con elegancia en varios idiomas de Eu-

ropa. En su novela palpita un fondo enorme de nostalgia. A la hora de escoger un tema para su novela, no ha hecho más que discurrir por los caminos de la cultura, de las humanidades, de su patria y de su fe para elegir al poeta latino Ovidio como protagonista de su relato.

Por los años en que el Imperio Romano alcanzaba su más alta cumbre material y cultural y cuando varios de sus ingenios supremos, como el dulce Virgilio, estremecían sus versos con presentimientos misteriosos, Ovidio, poeta de vena facilísima y de costumbres relajadas, es desterrado a Tomis, a orillas del Ponto. Su destierro se prolonga hasta la muerte en la que hoy llamamos Rumania. Ovidio, según la ficción de Vintila Horia, va escribiendo su diario, contemporáneo de las famosas "Tristes" y de las "Pónticas", que respiran pasión y gentilidad.

Ovidio es personaje representativo de un tiempo de crisis. Su vida coincide con el crepúsculo del viejo Olimpo mitológico y con las ráfagas de nuevos tiempos vaticinados en Oriente y Occidente. En el destierro, Ovidio sigue viviendo su arte de amar. Añora su Roma lejana, aquélla de que se despidió con dísticos inolvidables, empapados de lágrimas. Y ve llegar la vejez, acongojada de ausencias y de hastíos. Entre los varios personajes que se cruzan por su camino figura Teodoro, un médico griego, epicúreo y borrachín, que ha viajado por Egipto y por Palestina. Teodoro cuenta, entre sus recuerdos orientales, su presencia fortuita en Belén, la noche en que Cristo naciera en una gruta. Este relato pone un sonsolador desasosiego en el alma nostálgica y atediada del poeta. Teodoro ha referido en el hilo de una eventual conversación y por los días en que Cristo contaba sólo catorce años, lo que varios lustros después narraría el evangelista San Mateo. Hay quienes censuran a Vintila Horia por esta suposición histórica. Uno no alcanza a ver en ello nada reprochable. También los pastores testigos de la nochebuena pudieron contar con detalles lo que después narraron los evangelistas. Corrales Egea, en su crítica a la novela, publicada en la revista madrileña "Insula", reprocha el que Ovidio se convierta al cristianismo, trece años antes de que Jesús empiece la vida pública. En realidad, la novela no habla de conversión al cristianismo. Vintila Horia no podía caer en anacronismo tan grueso. Simplemente, Ovidio, alma vibrátil, con esas fibras de adivinos que tienen los grandes poetas, capta las premoniciones de una edad misteriosa que se va levantando.

Para algunos críticos, en esta novela Ovidio es un pretexto. Lo que el autor quiere es presentarnos su propia historia de desterrado en medio de un mundo turbulento y caótico. Para ello se ha valido de un rodeo histórico, de una ficción. Y se ha identificado con Ovidio, poeta, desterrado y herido con punta de nostalgia. A través del diario de Ovidio, Vintila Horia evoca la tierra suya, tan lejana en el espacio, tan presente en el corazón; los eternos paisajes de las riberas del Ponto, las llanuras por donde viene a desembocar el Danubio, las gentes abigarradas que las poblaron, sujetas a las presiones culturales de Grecia y abiertas posteriormente al influjo de Roma y del Cristianismo.

A trechos se tiene la sensación de que en la novela hay dos protagonistas o uno solo que sirve de tapujo y careta a otro fácilmente visible. Este Ovidio piensa muy en moderno, habla con demasiado calor a siglo veinte. Corrales Egea ha dicho de esta novela, a nuestro pa-

recer con dureza desmedida: para religiosa, falta unción; para histórica, veracidad; para psicológica, penetración; para literaria, relieve.

Sin embargo, ha sido traducida a los principales idiomas europeos. No es novela que transite por los caminos hoy trillados; su prosa es sugestiva, hay una rara atracción en la cadena de sus episodios, se toca en su fondo una base más densa y sólida de lo que generalmente se acostumbra en las construcciones novelísticas de nuestros días y se admira en ella una simpática unidad de sentimiento y de cultura. Es notorio que el autor puso en ella bastante más de lo que se suele poner en las novelas. Hace días Vintila Horia declaraba para la prensa: "El éxito de mi obra se funda en su clara inspiración cristiana y en su mensaje poético y lleno de ilusión. Está exenta de inmoralidades y desesperación, elementos ineludibles en la mayor parte de las obras que se hacen actualmente". Para ser totalmente sinceros, la novela contiene páginas fuertes y pasajes escabrosos, muy a tono con la vida suelta de su protagonista. Pero su conjunto sabe a cristiano. Bien lo han entendido los comunistas y los filocomunistas. Y es que, en realidad: "Dios ha nacido en el exilio", es algo más que una novela. Es lo que hoy llamamos un testimonio.

EL "CASO" SIMONE WEIL

El itinerario espiritual de Simone Weil, por una parte desconcierta, y por otra, alecciona. Simone Weil es una joven hebrea, de mente lúcida y cuerpo enfermizo, que busca porfiadamente la verdad. Tuvo y gozó el hallazgo de Cristo; pero rehusó la inserción en la Iglesia católica. Llegó a la visión de la Iglesia como organismo social; pero no al misterio invisible del Cuerpo Místico. En 1938 Simone Weil tenía veintinueve años. Y en la Semana Santa se refugió en la hospedería de la Abadía Benedictina de Solesmes para vivir la belleza de su esmerada liturgia. Aquejada de dolores cerebrales agudos ella se aísla en un rinconcito del santuario y haciendo un esfuerzo extremo de concentración se entrega al gozo puro y perfecto del canto y de las palabras inspiradas. A ratos, cuando arrecia el dolor, ella se entretiene en silabear por lo bajo un poema inglés intitulado "Amor", adhiriéndose con toda el alma a la ternura que entraña. "Creía yo —dice ella misma— recitarlo como un bello poema; pero esta recitación tenía, sin yo saberlo, la fuerza de una plegaria". Durante las celebraciones litúrgicas de la Semana Santa la idea de la Pasión de Cristo le va penetrando en posesión definitiva. Y al hilo del poema inglés hay un momento en que "Cristo mismo descendió y me conquistó...". He aquí una experiencia fundamental en la vida íntima de Simone Weil, hebrea no bautizada.

Posteriormente descubre el misterio de la plegaria a través del texto griego del Padre Nuestro. Le impresiona de tal manera su suavidad que durante algunos días lo reza continuamente. Para explicar lo que pasa en su alma al influjo de la oración dictada por Jesús, ella tiene el lenguaje de la mística: "A veces, desde las primeras palabras, mi pensamiento se separa del cuerpo y se transporta fuera del espacio, hacia un lugar donde no existe perspectiva. A veces sucede que duran-

te su recitación o en otros momentos, Cristo se me hace presente, de persona, en modo infinitamente más real, más penetrante, más claro y más colmado de amor que la primer vez en que me conquistó...".

Avanzando más en sus experiencias cristológicas recibe luces soberanas de certidumbre acerca de la Presencia Eucarística. "El me condujo a una Iglesia. Era nueva y fea. Me llevó delante del altar y me dijo: Arrodíllate. Le respondí: No estoy bautizada. Replicó: Cae de rodillas ante este lugar con amor como delante al lugar en que está la Verdad. Y obedecí. Ahora —prosigue ella— mi corazón está transportado, espero que por siempre, al Santo Sacramento expuesto en el altar".

Tales son los testimonios de Simone Weil. No se trata de intuiciones poéticas, aunque ella las tenía maravillosas. Ni de imitar a los escritores místicos, que jamás había leído. Hay más, ella confiesa que le repugnaban los milagros del Evangelio y los relatos de apariciones que había encontrado en las "Florecitas de San Francisco". Ni la imaginación ni los sentidos tomaron parte en su rendición al misterio de Cristo. Tampoco dudó jamás de la certeza de su encuentro con Jesús que fue imprevisto y avasallador. Y su experiencia no anduvo precedida, como sucede con frecuencia, por el despertarse de lo sagrado, por indefinibles aspiraciones o por las predisposiciones de lo que Tertuliano llamó "el alma naturalmente cristiana". Fue justamente después de esta inefable experiencia de Cristo cuando Simone Weil adquirió el sentido de lo sagrado y se fue abriendo al mensaje de los poetas, de los sabios y de los místicos de Oriente y Occidente.

Fuera de esta apertura intelectual, el encuentro con Cristo le acarreó algo superior; se le acrecentó el amor por la humanidad, en especial por la pobre y doliente, el sentido de la abnegación, del sufrimiento y de la justicia.

Pero lo cierto y lo extraño es que la sorprendente evolución espiritual de Simone Weil quedó incompleta. Ella no aceptó el bautismo, no aceptó las soluciones que se le brindaban a difíciles problemas de Biblia y de historia eclesiástica y se mantuvo alejada de la Iglesia, herida tal vez por la indignidad de tantos que se cubren con el nombre de cristianos. Ella misma reconocía que sólo había recorrido una parte de su camino, que andaba fuera de la verdad, que estaba en actitud de espera. Lo hermoso de su experiencia no justificaría en nadie el pretender adherirse a Cristo prescindiendo de la Iglesia que es Su Cuerpo Místico. Pero tampoco podemos negar la autenticidad de esta experiencia. El caso de Simone Weil nos reafirma una vez más en lo menguado de nuestros esquemas lógicos y en los caminos misteriosos de la divina misericordia. Ella, aludiendo a su diferido bautismo, dijo: "Puede ser que algún día sienta de imprevisto la irresistible necesidad de pedirlo inmediatamente. El camino de la gracia en los corazones es secreto y silencioso".

BEAUVOIR Y SU TREMENDO DESENGAÑO

Simone de Beauvoir es una de las escritoras francesas que en la actualidad gozan de mayor nombradía. En 1966, el editor Gallimard

publicó sus "Memorias" en tres volúmenes que pasan de mil seiscientas páginas. Beauvoir, como prosista, encadena y cautiva al lector. Y ello se debe a la correspondencia, a la perfecta adecuación entre su sinceridad y su estilo. Diáfana, sencilla, tersa, deja trasparecer su vida y su alma de mujer burguesa, rebelde, deshabitada de la creencia y de la esperanza. "Sus "memorias" interesan por que —como ha dicho un comentarista español— marcan un viacrucis secularizado, con sus pasos dolorosos, sus humanos encuentros, sus esperanzas terrenas y sus mortales miedos".

Simone se lamenta al final de sus memorias de las desfiguraciones a que se ve sometida su persona. Este libro nos da su efigie verdadera. Nace en enero de 1908 en un hogar francés considerado como ejemplar. La madre, creyente, imperiosa, cuidó de su formación moral; el padre, escéptico y racionalista, de sus estudios. A esta altura de la vida, ella deduce, tal vez mirando desde su postura de hoy: "La consecuencia fue que me acostumbré a considerar que mi vida intelectual, encarnada en mi padre, y mi vida espiritual, dirigida por mi madre, eran dos dominios radicalmente heterogéneos". Educada en colegio particular de la que llaman "clase bien", allí vivió una religión de superficie y unos amores profundos para con una compañera que ella nombra "Zazá".

De la adolescencia salió con la fe quebrantada y buscando sustituciones que le llenaran el alma. La literatura —pensaba— me asegura esa inmortalidad que compense la inmortalidad perdida. En la Universidad se afianza su vocación literaria; siente las inquietudes de lo social y participa de unos equipos; pero sufre la desorientación, se ve incomprendida y termina trazándose su camino: "perfeccionarme, enriquecerme y expresarme en una obra que ayude a los demás a vivir".

Por los días en que prepara oposiciones a una cátedra sobrevienen dos hechos decisivos; encuentra a Jean-Paul Sartre y muere su amiga Zazá. Sus relaciones con el filósofo existencialista han sido privadas y públicas, de estrecha vinculación, pero de holgada libertad individual. Zazá fue la contrafigura de Simone: permaneció en la fe, ligada a su familia y a sus tradiciones. Muerta a los veinte años, permanece en el recuerdo de Simone como una aparición que la mira con reproche... De 1929 a 1939, Simone de Beauvoir enseña y escribe. Por sobre todo, vive: "Día a día construyo sin ayudas mi felicidad". Lee, visita ciudades y museos; almacena ideas, rostros, emociones. Y añade con cierta intención rayana en lo cínico: "como todo burgués, estaba protegida de la necesidad; como todo funcionario, de la inseguridad y además, no tenía hijos, ni familia, ni responsabilidades". En 1939 escribe: "La historia me ha cogido para no soltarme ya; por otra parte, me comprometí a fondo y para siempre en la literatura. Una época se cerraba". El segundo volumen "La fuerza de la edad", concluye con el relato de los días de guerra, ocupación y resistencia con las convulsiones espirituales que pueden suponerse en alma tan refinada.

El tercer volumen "La fuerza de las cosas", empieza con el grito "Estábamos liberados". Todo comienza de nuevo: escribir, viajar, comprometerse con los hombres y con su suerte varia. En "intermedio" de

sus memorias refiere cómo las escribe y revela el sentido auténtico de su relato: "Lo que ante todo cuenta en mi vida es que el tiempo pasa; yo envejezco, el mundo cambia, varía mi relación con él. Lo que más me importa es mostrar las transformaciones, las maduraciones, las irreversibles desgracias de los otros y de mí misma...".

En el epílogo de sus "Memorias" se percibe una revisión a fondo de los planteamientos vitales; una necesidad imperiosa de justificación, de salvación, de trascendencia que absurdamente se atrinchera en la propia, limitada inmanencia. Pero este absurdo no es solamente algo individual; es la condición humana que tenemos que aceptar. Según Simone, ella y todos nosotros hemos sido engañados. El vivir de acá abajo no tiene sentido y sin embargo tenemos que seguir viviendo. La muerte es el tránsito a la nada, es la aniquilación. Nada quedará de nosotros. "He sido engañada; me encuentro engañada con relación al absoluto en que soñaba cuando era joven". De dónde procede esta pavorosa actitud? De una radicalidad muy honda: "No se espera nada si no se espera todo". Por eso Simone de Beauvoir se entrega a la actividad por el hombre, para no sentirse totalmente injustificada. Ella no sabe por qué ni para quién escribe; pero va sembrando palabras, universales, eternas, presencia de todos en cada uno, porque son "la única trascendencia que reconozco y que me conmueve; vibran en mi boca y por ellas comulgo con la humanidad". Simone se agarra, para sobrevivir en el universal naufragio, a ese mínimo y zozobranante madero de las palabras que duran por sinceras y por sentidas. También se une con el hombre por la compasión. Piensa en los dos tercios de la humanidad que tienen hambre: "Únicamente ahí rozo el infinito: es la ausencia de todo. Morirán y no habrá pasado nada. La nada me espanta menos que lo absoluto de la desgracia". Se duele por ellos; pero se reconoce económicamente privilegiada: "Sé que soy una aprovechada, y en primer lugar por la cultura que he recibido. Soy cómplice de los privilegiados y estoy comprometida con ellos. Cuando se habita en un mundo injusto, es inútil purificarse de la injusticia; lo que haría falta es cambiar el mundo y yo no tengo poder para ello. Sufrir estas contradicciones no vale para nada; olvidarlas es mentirse. La consecuencia de mi actitud es un gran aislamiento...".

En otras páginas declara que no envidia a nadie, que está perfectamente contenta de su vida, tal como ha sido. En resumen: Simone de Beauvoir es un alma en agonía, en combate de alma adentro. La lleva desgarrada por lo que ve y lo que siente y aquello que realiza; por la impotencia para remediar y salir de la total injusticia, de la "fuerza de las cosas" como sugestivamente se titula el último volumen de sus memorias. En lo más recóndito de su santuario interior hay una ausencia que lo explica todo. "La existencia —nos lo dice ella a su modo— es una búsqueda inútil del Ser; queremos lo absoluto y no llegamos más que a lo relativo...". Con buena intención podríamos hacer cristiana la frase suprimiendo ese "inútil" que ella agrega a la búsqueda. Entonces su desolado pensamiento podría equipararse al epifonema genial de Agustín, el africano insatisfecho y sediento: "Señor, tú hiciste nuestro corazón para tí y el corazón estará inquieto hasta que se engaste en Tí".

LA INUTIL BUSQUEDA DE BEAUVOIR

Cáustico, irónico, maliciosamente exagerado, el filósofo Sartre nos dice que a principios de siglo había en la sociedad francesa dos clases de tipo religioso: el ateo y el creyente. El ateo era un hombre original que debía probar la verdad de su doctrina por la pureza de las costumbres. Un maniaco de Dios que veía por todas partes su ausencia. El creyente, en cambio, no tenía convicciones religiosas sino dos mil años de certezas cristianas que eran un patrimonio común. Su religión era cómoda: podía dejar de ir a misa y al mismo tiempo casar religiosamente a sus hijos. La fe —concluye— no era más que un nombre sonoro para la dulce libertad francesa...

Ese fue el ambiente en que creció Simone de Beauvoir y que ahora acusa en sus páginas memoriales. Desde la infancia —dice ella— sintió la fe o la religión como algo protector. Aludiendo a los santos, escribe: "Mi cielo estaba lleno de las estrellas de miles de ojos benevolentes". También le causaron desorientación el escepticismo de su padre y la piedad de la madre que aceptaba tranquilamente la actitud del esposo. "La santidad —concluyó a su modo— es de orden diferente al de la inteligencia". Veía, pues, una religión desencarnada; creencias pero no vivencias.

Parece que en la juventud tuvo días de fervor; jugó a ser mártir, meditó gustosamente el Evangelio, practicó ejercicios espirituales; experiencias religiosas que carecían de hondura y de sinceridad. Y que se fueron desvaneciendo ante su revisión crítica, hecha muy a solas y con ansias de liberación íntima.

Cuando ella cuenta sus experiencias religiosas de juventud, sus reacciones de rebeldía, su angustioso forcejeo llena uno a dudar si todo eso está mirado, sentido y narrado desde la sensibilidad y la habilidad literaria de hoy, con las vacilaciones de la hora de nona. Dice que entonces sentra la lejanía de Dios. Y puntualiza: "Lo mismo que el Papa en el fondo del Vaticano no tiene que cuidarse de lo que pasa en el siglo, Dios, en lo infinito del cielo, no debía interesarse apenas en los detalles de las aventuras terrestres". No alcanza uno hasta donde llegaron sus meditaciones del Evangelio, pues en él hubiera visto que nada se mueve sin la voluntad de Dios y que su nombre es el de Padre, por expresa revelación de su Verbo Encarnado. Tampoco era verdad y mucho menos lo es ahora que el Papa se mantuviera aislado y desinteresado de los problemas de la humanidad. A base de semejantes inexactitudes nadie tiene derecho a perder el tesoro maravilloso de su fe.

Posteriormente, ciertas advertencias, hechas en tono muy amable y paternal, por un confesor, la sublevaron hasta el punto de retirarse dispuesta a no volver. Por decirle eso, el sacerdote se le hacía un impostor y una comadre que transmitía habladurías: "De la noche a la mañana la ruptura se consumó, si bien Dios todavía salió indemne de esa aventura".

Más tarde, al ver los templos llenos de mujeres y escasos de hombres, encontró paradójico que la verdad fuese privilegio de ellas, mientras que los hombres, sin discusión posible, les eran superiores. Parece extraño que en torno suyo ésta joven no encontrase un hom-

bre de religiosidad auténtica y vital. Hasta que un día se encontró pecando, conscientemente, gozosamente y “comprendí que nada me haría renunciar a las alegrías terrestres”. Y dedujo: “No creo ya en Dios”. Si creyese en El no hubiera consentido en ofenderle con corazón alegre. Simone de Beauvoir acaba de dar el paso decisivo; pone como suprema norma de su vivir y obrar, lo que le gusta sin remordimientos y comprueba que de hecho, por obrar así, ya no cree: “Dios ya no interviene en mi vida; luego ha dejado de existir para mí”. Radical, como siempre, no quiere seguir encendiendo una vela a Dios y otra al diablo. Y añade, con frase que nos parece terrible: “Desde que se hizo en mí la luz, corté en seco”. Simone considera esta experiencia como una iluminación íntima, lo que se diría “una gracia atea”.

¿Qué sintió Simone después de su iluminación atea? Liberación: sacudió muchas cosas y se integró en el mundo de los espíritus libres. Soledad: estaba sobre la tierra, sin testigo, sin interlocutor, sin recurso. Y finalmente: la angustia de la muerte inevitable. Para afianzarse en este globo de la tierra, al renunciar al cielo se le aumentaron las ambiciones terrestres y soñó con la inmortalidad de los escritores. Esa exigua, fugaz, engañosa perduración del pobre cultivador de la palabra.

El escritor español Juan Luis Pintos, después de trazarnos el itinerario de Simone de Beauvoir, captado en sus “Memorias”, plantea algunas preguntas que inquietan al lector, aunque ella, la interesada, tal vez no las oiga ni por ahora las quiera responder. ¿Es posible la liberación interior dentro de la actitud atea? Y se responde él: quien se cree liberado de Dios para siempre, lleva consigo una pesada carga: encerrarse en sí mismo; esclavizarse de sus paredes y limitaciones ineludibles. Parece que Simone, tan satisfecha de su actual postura, no se cierra a las “superaciones” del futuro y se declara “siempre alerta” para vivirlas. “Fuera de mis relaciones con Sartre —aclara ella con frase significativa— todo lo demás puede ser más o menos revisado o modificado...”.

En sus memorias hay resquicios para el mundo sobrenatural. Recuerda que el sacerdote que ofició en los funerales de su madre, habló del Verbo de Dios enviado a la tierra por el Padre lejano... Recuerda una carta que recibiera de su madre, con estas palabras insinuantes: “Yo quisiera ir al cielo, pero no sola, no sin mis hijas”. Y transcribe el consolador testamento de la madre moribunda: “Dios es bueno, Dios es bueno”. Beauvoir, hoy más que sexagenaria, tiene algo de lo mucho que soñó en su juventud rebelde: páginas bellas, sinceridad sin paliativos, dramatismo existencial. Y por encima de sus creencias, las posibles aventuras y sorpresas de la gracia que redime.